ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

BATALLA DE REINAS

DRAMA HISTORICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE FEDERICO SOLER

PREMIADO POR LA R. ACADEMIA ESPAÑOLA

TRADUCCION EN VERSO CASTELLANO

POR

MELCHOR DE PALAU



MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1889.

ADICION AL CATALOGO GENERAL DE 1.° DE ABRIL DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TITULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	1	¡Abandonada! (monólogo)......	1	D. José Postigo y Acejo......	Todo.
»	»	Á deshora de la nit...........	1	Ramón Lladró...........	»
3	2	¡Ay, amor cómo me has puesto!	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
»	»	Baltasara la pollera...........	1	F. Florez García.........	»
»	»	Belén 12 principal.............	1	Sres. J y S Alvarez Quintero	»
3	2	Cambiar de cuarto.—j. o. p....	1	D. Manuel Hidalgo....	»
6	2	Contra pereza.................	1	Sres. Díaz y Escobar y Urbano	»
»	»	Cuidadito con los hombres ó el merendero de Pepa...........	1	D. Javier de Búrgos..	»
6	2	Detrás del telón—j. o. p.......	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
3	1	Dia de bodas..................	1	Francisco J. Godo........	»
1	»	Diario original (monólogo).....	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
6	2	El asesinato de Rizzi—d. o. p...	1	R. Fernández Miranda....	»
5	1	El amor vence al orgullo.......	1	Ignacio Morales..........	»
»	»	El doctor Ventura.............	1	Luis Valdés..............	»
»	1	El laurel de la reina (monólogo)	1	A. Jeréz Perchet.........	»
»	»	El puñal de la envidia.........	1	J. V. Royo de León......	»
»	»	El seminarista................	1	Un presbítero............	»
»	»	Entre solteros—c. o. p.........	1	Javier Gaztambide.......	»
»	»	Esgrima y amor.......	1	Sres. J. y S. Alvarez Quintero	»
»	»	Fábrica de embustes..........	1	D. Julio de las Cuevas.......	»
2	1	Florin, 30, principal derecha...	1	R. Fernández Miranda....	»
6	4	Junto al cuarto de testigos......	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
6	2	La barberia de Paco ó el Congresillo—j. o. p................	1	José Postigo y Acejo......	»
»	»	La berlina azul...............	1	Santiago Gascón..........	»
»	1	La faenera (monólogo).........	1	Ramón A. Urbano........	»
»	1	La primer centinela (monólogo).	1	Ramón A Urbano........	»
»	»	Las tres caidas...............	1	Casimiro Diez...........	»
»	»	León XIII.....................	1	Nicolás M.ª Rivero.......	»
»	»	Les festes de un poble.........	1	Eduardo Perlá	»
»	»	Palo de ciego...	1	Baron de Cortes..........	»
»	»	¡Puf!.	1	Ramón Marsal	»
2	1	Todo lo puede el amor—j. o. v..	1	Manuel Hidalgo..........	»
3	2	Un sabater filosofich...........	1	Eduardo Perlá...........	»
»	»	Valientes maridos.............	1	Manuel Altolagairre..	»
»	»	Vengar con sangre una ofensa .	1	Mariano Álvarez	»
7	2	La ducha.....................	2	M. Pina Dominguez......	»
»	»	Capa rota ó amores de un bandolero............	3	Luis Maraver............	»
»	»	El castillo de Monleón........	3	Cándido R. Pinillos.......	»
»	»	El vencimiento...............	3	Luis Abarzuza............	»
»	»	Odette.......................	3	M. Pina Dominguez.......	»
3	2	Sufrir por agena causa........	3	José María Vivanco.......	»
8	7	Los Burgueses de Pontarcy....	5	Luis Valdés..............	»

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TITULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad
»	»	¡Á casarse, modistas!..........	1	Sres. A. Clavero y E. Broca...	L. y M.
»	»	¡Al agua patos!................	1	D. Ángel Rubio......	M.
14	4c	Al pie de la Giralda...........	1	Manuel Hidalgo..........	L.
»	»	Al pozo.	1	Casáñ y T. Fdez. Grajal..	L. y M.
»	»	Á vista de pájaro..............	1	Lucio y Brull...........	M. y 1/2 L
»	»	Bordeaux	1	D. Joaquín Viaña..........	M.
»	»	Candidez y travesura..........	1	Javier Gaztambide........	M.
»	»	De buenas á primeras	1	Luis L. Mariani..........	M.



BATALLA DE REINAS



BATALLA DE REINAS

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. FEDERICO SOLER

PREMIADO POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA

TRADUCCION EN VERSO CASTELLANO

DE

MELCHOR DE PALAU



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, *principal*.

1889.

PERSONAJES.

LA REINA SIBILA.
LA REINA VIOLANTE.
BERENGUER DE ABELLA.
HUGO.
EL REY D. JUAN I.
CAVESTANY.
LIMÉS.
EL OBISPO HEREDIA.
UN PAJE.
Nobles, guerreros, soldados, arqueros y pueblo.

Comienza la acción al morir D. Pedro del Puñalet y sigue durante el reinado de D. Juan I, El Cazador.

DATOS HISTÓRICOS.

. . . .

Hallávase el Príncipe D. Juan en Gerona, enfermo y muy de peligro, y creyendo el Rey no podía escapar, embió á mandar á los Jurados de aquella Ciudad. se apoderasen del Infante Don Jayme su Primogénito y le tuviessen bien guardado para que no llegasse a las manos de la Duquesa Doña Violante su madre; pero convaleció el Príncipe, y el Rey llamado de Dios passó á darle cuenta de los dilatados años de su vida.

. . . .

Desde Barcelona dió providencia el Infante Don Martin para perseguir á la Reyna, y le vino la noticia que se hallava encerrada con los suyos en el Castillo de San Martin Zarroca.

. . . .

Procedióse jurídicamente contra los culpables, y fué condenado á muerte Berenguer de Abella...

. . . .

Viendo el Cardenal Legado, que se hallava en Barcelona, el inmoderado rigor, interpuso la Autoridad del Pontífice para aplacar al Rey, el cual se apartó de los procedimientos, y por la Persona del Legado, participó á la Reyna su resolución, que fué, que se apartava de la Inquisición y la perdonava.

. . . .

Y allí, por los bienes que tomaron á la Reyna, se dieron á la Reyna por orden del Rey veinte y cinco mil sueldos de renta cada año durante su vida.

Anales de Cataluña, libro XIII, capítulos XIX y XX.

Narciso Feliu de la Peña.



ACTO PRIMERO.

Salón régio del palacio menor de Barcelona. Puertas á los lados, y al fondo, tres grandes arcadas que dan ingreso á una galería á la que se sube por unos cuantos escalones. Puerta secreta, disimulada por tapices, donde convenga. Á la derecha la que figura corresponder á la cámara donde el Rey está espirando: comienza el día al levantarse el telón y se oye el rumor confuso del pueblo que espera la muerte del Monarca.

ESCENA PRIMERA.

CAVESTANY, LIMÉS.

LIM. Cavestany.
CAV. ¿Vos? Dios os guarde.
LIM. ¿Qué sabeis, señor, del rey?
CAV. Malas nuevas, las más tristes
pues hoy muerto le vereis.
LIM. ¿Pasó agitada la noche?
CAV. Durmió mucho, y durmió bien;
y esto, que en otros sería
buen augurio, tan sólo es
indicio de que la muerte
se está cerniendo sobre él;
cien veces ví al rey inquieto,
si cien veces le velé;

que era su sueño convulso
cual su vida, y ni una vez
dejó de apretar la mano,
como dando á comprender
que, ni aún dormido, olvidaba
que era el Rey del *Puñalet.*
Mas hoy por la vez primera
no aprieta el puño, Limés,
y la cínica sonrisa
en sus labios no se vé;
es que va á morir, y siente
ya el reposo del Edén.

LIM. Quizá os engañais...

CAV. Lo dudo,
mas, por si acaso, sabed
que se engaña don Martín,
y que el médico también.

LIM. Y éstos, ¿qué dicen?

CAV. Pues, dicen
que muere sin falta el rey;
que después del desvarío
tan fuerte que sufrió ayer,
no le queda otra esperanza
que el perdón que Dios le dé.
Llegó, Limés, el momento
de que hablemos sin doblez.

LIM. Cuando querais, franco el rostro
llevo siempre por doquier.

CAV. ¿Y el corazón?

LIM. Nunca escondo
lo que siento dentro de él.

Pues hora es ya, si jurasteis
á la reina defender,
de mostrar, cual caballero,
que al juramento sois fiel.
Don Juan, Duque de Gerona,
su hijastro y futuro rey,
contra la odiada madrastra
alzará el cetro, y pardiez,
que al buen oro que contiene
hierro duro hay que oponer,
quizá antes de que don Juan

ciña corona de rey.

CAV. ¿Y así lo entiende la reina?

LIM. Sus ojos no quieren ver
lo profundo del abismo
que le espera en su viudez,
ilusa de que con ello
evita el golpe cruel.

ESCENA II.

CAVESTANY, LIMÉS, HUGO que entra como buscando á alguien.

HUGO. ¡Ah! (Sorprendido al encontrarse con los dos.)

CAV. ¿Quién va?

HUGO. No... nadie... yo
que pensé encontrarla aquí.

CAV. ¿Buscais á la reina?

HUGO. Sí:
¿por aquí ha pasado? (Con afán.)

CAV. No.

HUGO. ¡Oh! (Con desaliento y mirando en torno.)

CAV. Lo que os dije podeis ver (Ap. á Limés.)
siempre así tan agitado ..
se lo trajo de criado
vuestro amigo Berenguer;
no dudo de que es leal,
de que de astucia... ni sombra,
mas, cuando á la reina nombra,
pone mano en el puñal;
y sin darnos la razón
de tan singular quimera,
va buscando por doquiera
á la reina de Aragón.

LIM. (Manía extraña; ya atino
en la causa que la abona,
piensa verla con corona
y cetro y...

CAV. (No, yo adivino
de este villano en los ojos
algún misterio.)

LIM. Podemos

preguntarle...

CAV. Sí, probemos
de averiguar sus antojos.

LIM. Hugo. (Llamándole.)

CAV. ¡Hugo! (Como recordando el nombre.)

LIM. Así se llama.

CAV. (¡Hugo!... recuerdo este nombre!)

HUGO. ¿Qué quereis?

LIM. Se vé, buen hombre,
que la ansiedad os inflama;
¿buscais?

HUGO. ¡Callad!... no, fué un paje.
(Al ir á contestar cree ver pasar á la reina y desconcertado vuelve á continuar el diálogo.)
¡Nunca es ella!

CAV. (Ap. á Limés.) (¿No observais?)
Decidnos, sino llevais
para la reina un mensaje,
¿á qué fin, por qué razón,
el no hallarla os contraría,
por qué buscais noche y día
á la reina de Aragón?

HUGO. (Recelan á lo que veo,
tesón, no nos descubramos.)

LIM. ¿No nos respondeis?...

HUGO. (Finjamos.)

LIM. Decidnos por qué.

HUGO. Deseo
tengo vehemente, hasta sed,
de besarle la real mano,
¿opinais que será en vano
que le pida tal merced?

CAV. No por cierto. Tanto he oido
hablar en pró de su alteza,
dicen que con tal realeza
lleva el manto desceñido,
que sólo por verla á ella
con el manto y la corona,
á la hermosa Barcelona,
con don Berenguer de Abella,
gustoso vine.

LIM. (Ya veis

lo que os dije.) (Ap. á Cavestany.)
CAV. (Sí, en verdad.)
LIM. (Sobra su rusticidad
para que os tranquiliceis.)
CAV. ¿Y la habeis ya visto?
HUGO. No,
desde que tal frenesí
se agita dentro de mí,
por causas que ignoro yo,
parece que el mismo infierno
á mi deseo se opone
y siempre lejos la pone
para hacerlo más eterno.
LIM. ¿Tanto por ella estais loco?
HUGO. Tanto que os llego á decir
que, tras de verla, morir
me importaría bien poco.
LIM. Idos pues, y descansad,
que muy presto la vereis.
HUGO. ¡Oh, qué decís! (Gozoso.)
LIM. Que espereis
el premio á vuestra lealtad.
HUGO. ¿Y hasta podré hablarle?
LIM. Sí,
gozareis tan gran placer.
Idos, que pudiera ser
que Abella os hallase aquí.
HUGO. Mas...
LIM. Idos, se acerca ya
y al veros se enojaría.
HUGO. (Odio, calla... espera el día...)
(Vase. Cavestany que le ha estado observando, dice receloso.)
CAV. (Cuando la vea... ¿qué hará?)

ESCENA III.

CAVESTANY, LIMÉS y BERENGUER.

BERENG. Caballeros, Dios os guarde.
CAV. Y á vos también, Berenguer.

BERENG. ¿Qué nuevas hay del monarca?
CAV. Las decía ahora á Limés,
si el ánimo no recobra,
¡tan abatido se ve!
dadle por muerto.
BERENG. Y, decidme,
¿de qué muere?
CAV. De vejez;
con setenta años encima
y cincuenta que su sien
sostiene una gran corona,
¿quién sufrió tal pesantez?
BERENG. ¿Quién? él. No puede la Parca
contra el que tan bravo fué,
que vió, cual segadas mieses,
mil alfanjes á sus piés,
que por nada ni por nadie
se doblega: para él
¡qué son los años! ligera
la diadema: pretender
que á la enfermedad sucumba,
es no conocerle bien,
pues ni el peso de dos mundos
rendiría su altivez.
CAV. Todo la muerte lo acaba;
todo, amigo Berenguer,
aunque su gran poderío
os duela por esta vez.
Tan sólo vos y la reina
en el trance no creeis;
tomad ejemplo del pueblo
que instintos há de lebrel
y que, con su muerte, guerras
y desaciertos prevé.
Por eso á cada momento
viene á palacio en tropel,
si es ó no vivo el monarca
anheloso de saber,
que al pueblo, como á los nobles,
atropelló veces cien;
y es fuerza que oiga al morir
los bramidos que á su vez

lanza, como mar furioso,
quien tan azotado fué.

BERENG. Es verdad, le oigo que ruge
cual hiena hambrienta y cruel
ante un cadáver.

CAV. No yerra,
entendedlo, Berenguer,
la guadaña de las vidas
hoy segará la del rey;
pues no lo ignorais, con tiempo
lo que importa disponed,
que el golpe, sin prevención,
fuera mucho más cruel. (Vase.)

ESCENA IV.

BERENGUER y LIMÉS.

LIM. (Tan grave suceso no
me coge desprevenido,
pues lo tengo bien sabido
por él, alerta estoy yo)

BERENG. Todo concurre á probarme
que el rey sucumbe de fijo.

LIM. Bien Cavestany os lo dijo.

BERENG. Y á más se atreve á retarme.

LIM. Claro aviso nos da Dios,
y pues espacio tenemos
es conveniente que hablemos
de la reina aquí los dos.

BERENG. ¿Recelais que la corona
no va á ser suya?

LIM. No.

BERENG. Sí.
Don Juan, pues me consta á mí,
está muriendo en Gerona,
y muerto el príncipe real,
don Pedro, según es ley,
nombrará á don Martín, rey
y herederó universal;
una vez éste nombrado
pondrá el cetro á los piés de ella,
no temais, pues, por su estrella,

tiene el sólio asegurado.

LIM. No, que el príncipe heredero
deja un hijo.

BERENG. Pobre infante,
que la reina en este instante,
pues ve el caso venidero,
manda á buscar á Gerona,
con sello del rey su esposo,
y, de modo tan capcioso,
traérselo á Barcelona;
al ser de su vida dueño,
la que con ansia le espera,
hará, cual si lo tuviera,
de la herencia como peño.

LIM. ¿Y el infante va á venir?

BERENG. De Gerona, y hasta he oído
que hoy será aquí conducido.

LIM. No me queda más que oir
y ¿si es cierto que don Juan
finge que enfermo padece,
sólo porque así obedece
de sus parciales al plan,
pues estando de otra suerte
tendría que presentarse
al rey, y pudiera hallarse
con la verdadera muerte?
decid, ¿no os atemoriza
que en don Juan haya mudanza;
y se venga sin tardanza
junto al rey que ya agoniza?
¿no temeis que allá en Gerona
se oponga al propio á ceder
el niño que han de traer
como prenda á Barcelona?

BERENG. No, que negarse no puede
á orden expresa del rey:
aunque amparado en la ley
aquí en presentarse quede,
no logrará con su audacia
atraerse la nobleza.

LIM. ¡Mal conoces la tibieza
que lleva en sí la desgracia!

Al sonar la hora fatal,
aunque de firme blasona,
se adherirá á la persona
más cercana al trono real.
Por esta razón te escucho
con pesar: tienes confianza;
mas yo perdí la esperanza.

BERENG. ¿Entonces, temes?

LIM. Y mucho;
estoy con alma intranquila
y frenético también;
sólo Berenguer...

BERENG. (Con deseo de adivinarlo.) ¿Por quién?

LIM. Por tu adorada Sibila. (Al oído.)

BERENG. ¡Oh! ¡Calla!

LIM. I o: puedo hablar,
soy amigo, soy discreto,
y he conseguido el secreto
de tu pecho adivinar.
Sabré, el castigo y la muerte
arrostrar por tí y por ella,
pues quiso tu negra estrella
que la adores de tal suerte;
mientras que si, al presumir
tus amores, me engañé,
en la lucha cejaré...

BERENG. ¿Sí? pues lucha hasta morir.
Lucha siempre y sin temor,
que en tu bravo batallar,
nunca podrás igualar
la inmensidad de mi amor.
Lucha, mata y atropella,
en su defensa no pares,
si es forzoso no repares
en dar tu sangre por ella;
y si de mi gloria el medro
busca tu amistad rendida,
hazlo, que es toda mi vida
la mujer del rey don Pedro.

LIM. ¡Calla!

BERENG. No que mi pasión
anhelo que el mundo sepa,

lo que siento es que no quepa
dentro de mi corazón.
¿Viste al reo condenado,
sabedor de la sentencia
que le roba la existencia,
botar de gozo exaltado
al recibir el perdón?
Pues todo su gozo es poco
comparado con el loco
que en mí infunde tal pasión.
Cuando todos sin piedad
la motejan de orgullosa,
yo la veo majestuosa
en su régia dignidad.
Cuando, derramando hiel,
dicen que sañuda impera,
yo la encuentro justiciera
y grave en vez de cruel.
Así la quiero, en verdad
mas que lo ignora te juro
que es mi amor tan hondo y puro
cual grande su majestad.
Entiende, pues, si es terrible
el afán con que batallo,
la miro, la escucho y callo,
que es para mí un imposible;
y derrotado y deshecho
entre zozobras y enojos
van saliendo por mis ojos
los pedazos de mi pecho.

LIM. Bien haya tanta nobleza
como en el alma atesoras;
brazo y vida á todas horas (*Con arranque.*)
para salvar á su alteza.

BERENG. ¿Temes algo?

LIM. No, en verdad
al príncipe, que si sube,
será como vaga nube
sólo un rey sin voluntad;
pero temo á la princesa
doña Violante, su esposa,
es hembra y es rencorosa

y en gobernar se interesa.

BERENG. Cierto: puede ella á su modo
causarnos pena muy viva
porque es madre y es altiva...

LIM. Y es...

BERENG. ¿Qué?

LIM. Mujer sobre todo,
á quien la reina Sibila
persiguió con fiero enojo,
que ve con pena y sonrojo
que ante ella el trono vacila;
que fuera osada á mirar
de hito en hito al mismo sol;
que á don Juan cual girasol
cierta está de dominar.
¡Oh! Si trepidar se siente
de los reyes con la guerra,
¿qué será cuando en la tierra
luchen reinas frente á frente?

BERENG. Todo se halla prevenido
por si llega á suceder.

LIM. No hay manera, Berenguer,
de anonadar lo temido:
ojo alerta, y entretanto,
si Dios llama á juicio al rey...

BERENG. ¿Qué harás?

LIM. Yo, seguir la ley
de la que tú quieres tanto.

BERENG. ¡Gracias! (Oprimiéndole la mano.)

LIM. Con fé te lo digo
para dar fuerza á tu audacia;
en fortuna y en desgracia
siempre tuyo.

BERENG. (Abrazándole.) ¡Noble amigo!

ESCENA V.

BERENGUER, LIMÉS, PAJE, SIBILA.

PAJE. La reina. (Sosteniendo la cortina.)

BERENG. ¡Ella! (Conmovido.)

(Entra Sibila, nótase en su rostro el estado de su ánimo, y mira fijamente al Paje.)

SIBILA. (¡Oh! ¿Qué he notado?
¿Por qué su acento ha sonado
á sarcástica ironía?
¿que mi arrogancia ofendía,
por qué al oirle he pensado?)
(Siéntase sin haberse fijado en los demás personajes.)
(Ha dicho la reina, sí,
más ha llegado hasta mí
su voz con tan raro son,
cual si dijera... «Tú aquí,
eres reina de ilusión.»)

LIM. Justo es, señora, que os demos
el pésame, pues sabemos
de nuestro rey el estado.

BERENG. Justo es que con vos lloremos
la agonía de un reinado.

SIBILA. (¡Lo saben!... ¡suerte fatal!)
no: mi esposo, para mal
del que anhela su corona,
vive aún, y es desleal
quien otras voces pregona.

LIM. Perdonad.

BERENG. No hemos querido
ofenderos.

LIM. Sólo ha sido
muestra de afecto constante.

SIBILA. Quien tal dice, está vendido
á la causa del infante.
¿Quién fué el necio?

BERENG. El mayordomo
de su majestad.

SIBILA. Y ¿cómo
pudo tal cosa decir?
No es verdad, ni por asomo,
el rey no puede morir.

BERENG. Quizás errado lo piensa.

SIBILA. (¡Comenzó la lucha intensa!)

LIM. (¡Tiene el alma en un cabello!)

BERENG. (¡Cómo le duele, que á ofensa
toma si se le habla de ello!)

SIBILA. Entended que Nos, la amada

esposa del rey, airada,
por cuanto en lenguas ha oído
contesta á todo enojada
que el sabio hebreo ha mentido.
El rey, resistiendo el mal,
aún sostiene el cetro real
con vigor que nadie iguala;
y es traidor y es desleal
el que su muerte propala.
En vano es que su hijo espere,
con desamor que le hiere,
que su buen padre fallezca,
vivirá el rey. Dios no quiere
que lo anhelado acontezca.

BERENG. No es otro nuestro deseo,
y, si escudo ó si trofeo
nuestro pecho os puede ser,
tomadlo con libre empleo.

SIBILA. Lo sé. ¡Gracias, Berenguer!
(Los dos saludan y se van.)

ESCENA VI.

SIBILA.

¡Oh! bien saben que el trance se avecina...
aquí con mi desgracia me abandona,
el soplo de la muerte le domina,
y ya, ni el resplandor de la corona,
como en tiempos mejores, le fascina.
Mas no, no morirá, si tantas veces
su deseada muerte no lograron
los gritos vengativos y soeces
que del cielo á las puertas arribaron,
hoy que, con tiernas y llorosas preces,
ruega una reina de dolor transida,
que pierde con poder, gloria y ventura
¿nada podrá su duelo sin medida?
No, que Dios sabe un cáliz de amargura
¡la hiel que tiene, y salvará su vida!

ESCENA VII.

SIBILA, el OBISPO HEREDIA.

HEREDIA. Señora...
SIBILA. ¡Vos!... atrás, atrás, ¿quién osa
turbar su sueño cuando el rey reposa?
HEREDIA. Quien viene á confortarle, pues espira,
y á rogar á los cielos con la esposa
que ya á su dueño agonizante mira.
SIBILA. Mientes. Quien eres sé, traidor é indigno
el Obispo que un día sublevaste
á los payeres, y en Monzón alzaste
el rebelde pendón, y que maligno
sólo por odio á mí lo tremolaste.
HEREDIA. Un ministro del Dios soy que perdona,
y vengo á dar la bendición suprema
al monarca que deja la corona.
SIBILA. Ó quizá de la Iglesia el anatema
si el monarca á la reina no abandona.
HEREDIA. Creed, señora, que sólo me conduce
el deseo, de á nuestro soberano
oir en confesión,
SIBILA. La ira os induce;
mas, Heredia, entended que será en vano
la torpe acción que en vuestros ojos luce.
HEREDIA. Pruébeos el cielo que vuestro odio yerra.
SIBILA. ¿Cómo si así no fuese, aquí vendriais,
si para el rey con la guadaña en guerra
de sobra comprendeis que en cielo y tierra
perdón á Dios sin fruto pediriais?
HEREDIA. La clemencia divina no se agota.
SIBILA. Que lo está, probó ayer en su delirio
al sentir santa mano que le azota
dejando impresa cual terrible nota
en su rostro la huella por martirio.
Salid. La confesión del rey que fina
nadie puede escuchar sin arredrarse,
ni lograra amenguar la ira divina:
yo su vida conozco, es una espina

cada acto, que en la mente va á clavarse.
¡Oh! Sí, cuando sus frases espantosas,
en mi vela larguísima escuchaba,
mezcladas con las preces religiosas,
en torno al lecho sombras vagorosas
veía del infierno que aguardaba.
Yo quería rezar, pero mis lábios
quemaba la oración, llorar quería,
y el recuerdo tenaz de sus agravios
con palabras de fuego me decía.
«No reces, no, que Dios se ofendería.»
Dejad, dejad que en honda sepultura
duerma mi esposo el sueño sempiterno
y por él no pidais, causa pavura
la historia de su vida y su negrura
sólo aclaran las llamas del infierno.

HEREDIA. Gozará de la gloria apetecida
si el paso me cedeis, reina, un momento.
Os lo pido con voz muy dolorida.

SIBILA. Puedo el cetro perder en la partida
y del rey alejaros es mi intento.
Aunados por quitarme la presea
venís á conquistarle en su agonía,
reina soy, fé y valor tengo en mi idea,
sabed que en mí no existe cobardía
y que el brillo de gloria me espolea.

HEREDIA. Nunca las confesiones son tardías,
dejad que cumpla mi ferviente anhelo,
y, absuelto de las culpas de otros días,
pueda volar á la mansión del cielo.

SIBILA. La muerte encontrarás si así porfías.

HEREDIA. Yo la debo arrostrar por el misterio
que el Dios crucificado nos enseña,
y cumpliendo mi augusto ministerio.
¡Cómo en vos tiene la ambición imperio,
cuando un alma al abismo se despeña!
Mi ruego perdonad, rogar me toca
por el rey, hasta haberlo conseguido:
toda clemencia en su favor es poca.
¡Piedad si el pecho no teneis de roca!

SIBILA. ¡Piedad!... jamás el rey la ha conocido.

ESCENA VIII.

SIBILA, HEREDIA y BERENGUER.

BERENG. Señora...
SIBILA. ¿Quién?
BERENG. El adicto
que mandasteis á Gerona
consigo trae...
SIBILA. (Gozo inmenso.) ¡Qué escucho!
HEREDIA. ¿Dais vuestra vénia, señora?
(Sibila queriendo disimular su alegría.)
SIBILA. Condolida de escucharte,
por las razones que invocas,
para que asistas al rey,
permiso te doy gustosa.
(Heredia saluda y entra en la cámara real.)

ESCENA IX.

SIBILA y BERENGUER.

Sibila mira á Heredia que sale de la escena y dice:

SIBILA. Entra, sí, pues soy ya dueño
de prenda tan valiosa,
no podrá ni el mismo rey
arrancarme la corona.
Berenguer, haced que al punto
venga la nobleza toda,
y advertid que estoy perdida
si alguno falta.
BERENG. Señora,
vuestro soy.
SIBILA. Artificioso
sabed con qué intentos obra,
qué designios acaricia,
y qué solución abona.
No olvideis que mi diadema
en vuestras frases se apoya,
y que ostenta alhajas varias

de Aragón la real corona.
Los parciales que la cercan,
perlas son con que se adorna,
perlas que, mal engastadas,
si se sueltan en mal hora,
cogerlas puede otra reina
á quien mi brillo da sombra,
otra diadema forjarse
rival de la que ambiciona
y hasta puede acontecer,
que, tras servirme de argolla,
la que el rey me donó un día
ruede en un cadalso rota.

BERENG. No temais que tal suceda,
no temais, reina y señora.

SIBILA. Id á sellar vuestros votos.

BERENG. Lo haré con mi sangre toda. (Vase.)

SIBILA. Como el avaro que sabe
que los tesoros se roban,
vamos á guardar la prenda
que ha venido de Gerona.
Vigilante he de poner
al que el oro no corrompa,
prisión tan fuerte y segura,
de puerta tan misteriosa
que ní rajarla, ni abrirla
logre el ódio á mi persona;
y luego... luego que venga
esa presumida y loca
mujer del hijo del rey
que hoy descansará en la fosa:
dogales serán mis brazos
como á mi alcance se ponga:
que se abreve, sí es que vence,
en mí hirviente sangre roja.
No son los que entran en lucha
dos reyes, son dos matronas:
lo que pretende, yo quiero,
ella, lo que á mí me toca.
El furor de la embestida
ha de conmover la Europa.
Batalla será de reinas...

¡á ver quién el cetro logra!
(Vase por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA X.

CAVESTANY y DOÑA VIOLANTE.

Salen del dormitorio del rey, la dama de negro y cubierta con velo; se descubre.

VIOL. Al fin se fué.
CAV. Ya temía
que no lo hiciera.
VIOL. Ansiosa
al hijo de mis entrañas
quiere retener traidora
y que de prenda le sirva
para el cetro que ambiciona.
CAV. No temais mientras su vida
de la del niño responda.
VIOL. Cavestany con esta idea
aminoro mi zozobra;
os la debo, como os debo,
con mi esposo que le llora,
el haber visto al monarca
antes que baje á la fosa.
CAV. Nunca olvideis que mi vida
por vuestra causa está pronta:
no bien recibí las letras
diciendo que de Gerona
con el príncipe veniais
en pos del hijo que os roban,
convoqué á los muchos nobles
que fama de leales gozan,
noticieles vuestro arribo
protegido por las sombras
de la noche, vuestro intento
de penetrar misteriosa
en palacio, apercibida
á recoger la corona
que para sus sienes quiere
una mujer cautelosa,

y todos á una ofrecieron
su sangre por vos; señora,
no temais, en la real casa
los que sirven, os adoran.
Por ellos tengo la llave
con que se ha abierto la hoja
secreta que os ha guiado
del mismo rey á la alcoba,
y así habeis visto al monarca
cercano á su postrer hora.

VIOL. ¿Y descubierta no he sido?

CAV. ¿Cómo con las negras tocas
y el largo velo que os cubre?
Respecto á don Juan, señora,
mal pudiera el alto embozo
decir quien es en la sombra;
y, aún cuando sido lo hubiérais,
nada resultara en contra,
que no se os puede ocultar
que al besarle cariñosa
en vos fijarse han debido
los que cercan su persona,
mas no temais que sus dudas
comuniquen á la esposa.
Como os digo: muerto el rey
es vuestra la corte toda.

ESCENA XI.

CAVESTANY, DOÑA VIOLANTE y D. JUAN.

D. Juan sale y mira repulsivamente á la puerta.

JUAN. ¡Oh!

VIOL. ¿Qué ocurre?

JUAN. El rey que llama
á la infiel que le abandona.

VIOL. Entiendo, á vuestra madrasta
que, con palabras melosas,
mira, ladrona de cetros
si también el vuestro os roba.

JUAN. Callad. No exciteis las iras
que en mi corazón rebosan.

¡Oh! si de encima del mármol
que cubre la régia fosa
donde ha de yacer mi padre,
hoy levanto la corona,
no se enfriarán al contacto
estas sienes ardorosas.
Vereis cual tomo venganza
de quien nuestra dicha estorbá.

VIOL. Dios quiera, que, ya en el solio,
lo dicho pongais por obra;
y que vuestro corazón
clamor de piedad desoiga.

JUAN. Lo desoirá, yo os lo juro,

VIOL. Si no lo haceis vuestra esposa,
en capítulo de cargos
de ella las maldades todas
con letras de fuego escritas,
os volverá á la memoria.
¡Oh! don Juan, no lo olvideis,
si Dios el cetro os otorga
pensad que doña Sibila
con su sed de oro ambiciosa,
entre vos y vuestro padre
abrió una zanja muy honda;
que por ella desterrado
fuisteis, Duque de Gerona.

JUAN. ¡Oh! si.

VIOL. Pensad que por ella
recibimos la forzosa
orden de que á nuestro niño
cediésemos sin demora
á un extraño advenedizo,
causándonos tal congoja
que, aún enfermos, de él en pos
vinimos á Barcelona.

CAV. Quedo, que pueden oiros.

JUAN. ¡Guay si con sus manos toca
al infante que nos tiene!

VIOL. Por mujer tan vil y odiosa
no habeis al rey vuestro padre
podido ver hasta ahora
sin abrigar la esperanza,

puesto que ya temblorosa
ni aun acierta á balbucir,
de que escucheis de su boca
que vuestros rebeldes actos
cual padre y cual rey perdona.
Pensad que ya no respira,
que ya sus ojos se entornan,
que desfallece, que muere.

JUAN. ¡No acrecenteis mi congoja!

VIOL. Que ya más no le vereis,
porque la Parca os le roba,
y pensad, sin olvidarlo,
en que Sibila su esposa
se ha apropiado en vuestro daño
su cariño y su corona;
que, desprovista de entrañas,
es tan cruel y traidora
que no repara en manchar
de don Pedro la memoria,
pues usando de su sello
prende á don Jaime y le inmola.
Pensad que no ve el instante
de que murais; que furiosa
matar quiere al hijo vuestro;
pensad que todo lo logra
y ha de lograr mientras viva;
que avasalla su persona;
que nada teme, y, si son
tantas razones aún pocas,
pensad que anhelo vengarme
y quiero verla en la fosa.

JUAN. Si, la vereis, os lo juro
por mi vida, por mi honra,
por el padre á quien desprecia,
por el hijo que nos roba.
La vereis, y cuando ciña
yo de Aragón la corona,
si débil no cumplimento
lo jurado, cual me toca,
fálteme en cielos y tierra
la eternal misericordia.

VIOL. Ante Dios el juramento

os recibe vuestra esposa.

JUAN. Disponed ya de su vida.

VIOL. Sea, don Juan, y á esta hora
solemne, sagrada, augusta,
cuando sus alas sombrosas
tiende el ángel de la muerte
sobre el rey que con zozobra
se revuelca sobre un lecho,
cual de zarzas espinosas,
te juro, reina Sibila,
que, si á mis piés Dios te postra,
asombrará mi venganza
del infierno hasta á las hordas.
Si, sobre el lecho lo juro
(Extendiendo la mano.)
que en sepulcro se transforma.

JUAN. Yo al juramento me adhiero,
con palabras y con obras:
que Dios nuestro voto acepte.

VIOL. Dios siempre lo justo apoya.

CAV. Señora... (Viene de vigilar.)

VIOL. ¿Qué ocurre?

CAV. Llega
Berenguer.

JUAN. ¿Y qué?

CAV. Que importa
esconderos hasta tanto
que el rey muera. Barcelona
sólo viendo su cadáver
os proclamará gozosa,
no mientras viva, que tiene
gran temor á su persona.

VIOL. ¿En dónde esperar podremos?
(Levanta el tapíz de la puerta segunda de la izqnierda y dice, abriéndola.)

CAV. Esta puerta encubridora
os servirá de refugio.
Entrad: será estancia corta.

JUAN. Sea. (Entran.)

CAV. (Aquí la nueva reina,
y la que tanto la odia,
por saberlo me daría

la mitad de su corona.)

ESCENA XII.

CAVESTANY y BERENGUER.

CAV. ¿El rey?
BERENG. Muere.
CAV. Ya os lo dije.
BERENG. Y la reina dolorida
que aquí convoque enseguida
á la nobleza, me exige.
CAV. Y ¿qué pedirnos querrá?
¿su defensa?
BERENG. De seguro.
CAV. Pues la nobleza, yo os juro,
que no la defenderá.
BERENG. ¿Y si el cetro D. Martín
en sus manos abandona?
y ¿si don Juan en Gerona
se halla próximo á su fin?
CAV. No creais esa patraña
porque os aprecio, os lo digo.
BERENG. Hablaisme...
CAV. De amigo á amigo,
quien tal piensa bien se engaña.
BERENG. Decid, pues, que fué fingida
su enfermedad...
CAV. ¿Por qué no?
sabiendo, cual vos y yo,
que está en peligro su vida.
BERENG. ¡Pobre reina! á cada instante
que es vil, quieren suponer.
CAV. Todos, menos Berenguer.
BERENG. Entonces ¿qué es del infante?
CAV. Muy cerca de Barcelona
que se encuentra considero,
y, en calidad de heredero,
hoy ceñirá la corona.
BERENG. ¡Nunca! mientras yo con fuerza
me sienta para la espada,
ella será coronada,
ella, quien el mando ejerza.

CAV. Dejad tranquilo el acero,
Berenguer, obedeced.
Que llega la corte ved.

BERENG. (Salvar á la reina espero)

ESCENA XIII.

CAVESTANY, BERENGUER, LIMÉS, NOBLES VARIOS.

Cavestany capitanea los partidarios del infante, Limés los de la reina.

CAV. (Caballeros, escuchad.) (Hablan aparte.)

BERENG. (Oid. Límés.) (Lo propio.)

CAV. (¡Lo entendeis?)

(Afirmaciones de cabeza.)

(Por esto á Abella aquí veis.)

LIM. (Lo haré así, con Dios quedad.)

(Vase Limés. Sale un Paje que anuncia á la reina.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, PAJE y SIBILA.

PAJE. La reina.

CAV. (Aparte á los suyos.) (Oido y firmeza.)

BERENG. (Aparte á los suyos.)

(Buen ánimo.

(Siéntase la reina á quien saludan.)

SIBILA. (Sentada.) Caballeros,
pláceme entre los primeros
hallarme de la nobleza.
Pluguiera al cielo, señores,
que fuese causa halagüeña
la que hoy á reunir me empeña
á mis fieles servidores.
Mas quiere mi mala suerte
que á duelo deba llamaros
y que os anuncie, al juntaros,
del rey la segura muerte.
Si, de Aragón la corona
presto quedará vacante,

mucho más cuando el infante
también espira en Gerona,
y el monarca, asaz prudente,
salva el riesgo, según ley,
nombrando á su nieto rey,
y á mí me nombra regente.
Espero en vuestra lealtad;
sea la orden acatada,
y no os opongais en nada
á la régia voluntad. (Todos callan.)
(Callan. Ya lo presumí.)

BERENG. Yo, señora...

SIBILA. Vos de sobra
sé que sois fiel, y zozobra
por vos ni un punto sentí. (Silencio.)
Bien comprendeis que me pesa
este silencio feróz.
¿Quién aquí lleva la voz
de la corte aragonesa?

CAV. Yo, señora y mi opinión,
conoced desde este instante:
mientras respire el infante
él será rey de Aragón.

SIBILA. Pero en tanto que entre vida
y muerte don Juan esté
¿negareis amparo y fé
á esta mujer desvalida?
¿No aceptareis la regencia
de una reina como yo?
Contestadme sí, ó no,
como os dicte la conciencia.
¿No respondeis? ¿es que ignora
alguien lo que puedo hacer?
¿olvidais que quiero ser
de gracias dispensadora?

BERENG. (¡Oh! callan, respuesta clara.)

SIBILA. ¿Aún callais después de oir
que el monarca va á morir?
¡soy reina y nadie me ampara!
¿Quereis que muerto mi esposo,
me vea yo perseguida
y siempre en riesgo mi vida

sin nunca encontrar reposo?
Si os ofendí vengativa
ó si os castigué enojada,
aquí teneis humillada
á la soberana altiva.
Borre mi arrepentimiento
la sombra de lo que fué,
que si mucho os molesté
es más el dolor que siento.
Ya la vida desparece
del rey, cuyo tacto hiela,
en tanto que el pueblo en vela
casi que ahulla parece;
Obedecedme y se entierra
en paz su poder real,
vivo llevaba un puñal
muerto quizá traiga guerra.
Pensad en mi pena ruda,
perdiendo esposo y corona
¿quién me auxilia? ¿Quién me abona?

BERENG. (Encarándose con los Nobles.)
¿Y aún vuestra lengua está muda?
¡no; imposible, yo no quiero
suscribir á tal empresa,
¡qué en la córte aragonesa
no queda ya un caballero!
Descorteses, que dejais
que se rebaje una dama
y viendo que al aire clama
por ofendidos no os dais.
¿Nadie, ejemplo de entereza
se adelanta aquí á ofrecer
prestándose á defender
las justicias de su alteza?
Vosotros, que hoy arrogantes,
cuando era lo que no es,
hasta el polvo de sus piés
le besabais rastreantes.
Vosotros en rebeldía,
y con vergüenza menguada
la dejais abandonada
en su tétrica agonía.

No será: yo no desmayo,
le queda mi limpio acero,
con él defenderla espero
contra la furia del rayo;
que yo, rompiendo por todo,
al ver vuestra insensatez
y humillada su alta prez
por tan doloroso modo,
al notar que ni un acento
de piedad habeis tenido
cuando de su boca oído
tanto y tan gran sufrimiento,
os digo con la franqueza
de una honra no envilecida,
que aquellos que os dieron vida
no os legaron su nobleza.

CAV. ¡Berenguer!... (Echan mano al acero.)

BERENG. Sí, sobre todo,
tener nobleza y no usarla
es lo mismo que arrojarla,
á mi entender, en el lodo.

SIBILA. ¡Alma grande!

BERENG. Sospechado
si hubiese tal felonía
quien os engendró, os habría
en la cuna extrangulado.
¡Miserables! adularla
cuando se hallaba en el trono,
y sumirla en abandono
débil al considerarla.
¡Venir, cuando daba honores,
cuando mirarla no osabais
y sierpes os arrastrabais
por sus alfombras de flores,
y hoy que la veis desolada
y en mar de llanto deshecha,
tener la espalda derecha,
ante ella siempre doblada!
Doblada... no hay que irritarse
que lo que digo es bien llano,
la espalda del cortesano
hecha está para doblarse.

Mas no todos son así,
que los hay, cual yo, con honra,
y os escupo la deshonra
que quereis echar en mí.
¡Oh! no acaricieis la espada
ya de sobra envilecida,
no me perdoneis la vida (Con sarcasmo.)
dentro de la real morada.
Ya saldrá donde confio
que de la mía irá en pós,
pues ante el juicio de Dios
á todos os desafío.
Demostrais vil interés
y hasta corazón de roble,
mas quien tal hace no es noble
catalán, ni aragonés.

CAV. Presto en tu sangre se moje
hasta el puño de mi acero...
Mi guante.
(Arrojándolo á los piés de Berenguer.)

BERENG. Yo soy primero.
(Al ademán de los suyos.)

SIBILA. No: la reina lo recoge.
(Adelantándose y tomándolo.)
La reina, pues va contra ella
desafío tan á muerte,
yo lo acepto, de esta suerte
veremos cuál es mi estrella.
¿Qué valor tiene la ley
en que el rey, reina me jura,
si no ha de durar, ni dura,
más que la vida del rey?
¿Á qué con firme tesón
la hubiese hecho publicar
para á su viuda dejar
demandando compasión?
Basta ya: del que en Mallorca
vencedor fué, esposa soy;
y puedo al senescal hoy
mandar que os cuelgue de un horca.
Si he llegado á suplicar
lo mismo que ordenar puedo,

no habeis de achacarlo á miedo,
á dolor de castigar:
pues observo por la traza
que débil me habeis creido,
dad mis ruegos al olvido,
y no olvideis mi amenaza.
Aun los que adversos me son
me han de acatar, según ley,
que mientras aliente el rey
yo soy reina en Aragón.
Y si, á su muerte, el poder
logro, que negarme os plugo,
ya os mandaré á mi verdugo
para hacéroslo saber.
Salid...

(Salen todos excepto Berenguer: al desaparecer Cavestany dice aparte á uno de los caballeros.)

CAV. (Con tanta defensa,
Berenguer la perjudica
y lo escondido publica,
¿quién que es su amante no piensa?
(Vánse los dichos.)

ESCENA XV.

SIBILA y BERENGUER.

BERENG. Señora...
SIBILA. Ya lo ves, no hay esperanza.
BERENG. ¿Cómo me hablais así tan abatida?
SIBILA. Hacia el lecho del rey la muerte avanza
y triste va á dejarme y desvalida.
No escucharon mi acento acongojado,
ni les melló mi valerosa queja,
su maldición el cielo me ha lanzado
pues que tan solo tu amistad me deja.
BERENG. También la de Limés, noble señora.
SIBILA. Cierto: Limés cual tú quiere salvarme.
BERENG. Tiene el niño consigo. (Con intención,)
SIBILA. (Con fruición) Sí, en buen hora.
que de él me he de valer para vengarme.
BERENG. Para vengaros y subir al trono.

SIBILA. ¡Oh! Tú me ayudarás.

BERENG. Señora mía,
si redundar pudiera en vuestro abono
mi salvación eterna venderia.

SIBILA. Yo premiarte sabré, gloria y ventura
conquistarás por tu nobleza rara.

BERENG. Se empaña el cielo de mi dicha pura
si pensais que la sed me mueve avara.
os quiero... y nada más.

SIBILA. Poder, grandeza,
cien feudos te daré.

BERENG. Gloria mentida,
yo doy para salvaros mi nobleza
mi virtud y mi honor, toda mi vida.

SIBILA. ¿No te ciega el poder ni de la gloria
el brillo halagador?

BERENG. Solo querria
que guardaseis mi nombre en la memoria.

SIBILA. (¡Oh, qué sospecha!.. cierto, amor le guía..)
Silencioso y sufrido sé que esperas
un premio á tu valor... ¿por cuál te afanas?

BERENG. Porque encuentren mi sangre en las primeras
que en vuestro honor se viertan, catalanas.

ESCENA XVI.

SIBILA, BERENGUER y LIMÉS.

LIM. Partid, señora, franca la salida
por fortuna teneis: mi gente abajo
guía os será.

SIBILA. ¿Y el rey?

LIM. Casi sin vida,
mas... don Juan se halla aquí.

SIBILA. ¡Él! ¿quién le trajo?
¿enfermo, pues, no está?

LIM. Fué palaciego
ardid de la nobleza, en ellos diestra:
en la casa se esconde y de ira ciego
pagar quiere al verdugo en sangre vuestra.

BERENG. ¡Huid!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, un PAJE, el OBISPO HEREDIA, D. JUAN, CAVESTANY, NOBLES y la REINA VIOLANTE, aparecen según el orden indicado.

SIBILA. ¿El rey?
(Pregúntales al Obispo y al Paje con ansiedad.)
PAJE. Murió. (El Obispo señala al cielo.)
LIM. (Llevándosela hacia el fondo.) Señora, vamos.
SIBILA. ¡Ay! ¡Si logro volver reina y vengada!
(Vase con Limés. Éste dice á Berenguer.)
LIM. No olvideis que la prenda nos llevamos.
BERENG. Así protegeré la retirada. (Vase Limés.)
(Entra D. Juan seguido de varios nobles en persecución de Sibila. Al divisar á Berenguer guardando la puerta espada en mano, comprende que por allí ha salido y dice á los suyos.)
JUAN. ¡La reina! ¡Oh! por allá, corred, prendedla.
BERENG. No, si la muerte no quereis de un hijo.
JUAN. ¿Qué dices, fiera humana?
BERENG. Detenedla
y sangre vuestra correrá de fijo.
CAV. ¡Oh! ¡muera!
(Pretende ir contra Berenguer. D. Juan le detiene con grito desesperado.)
JUAN. ¡No, por Dios! ¡Su muerte ahora
saber puede algún vil infanticida!
(Oyendo desgarradores gritos de doña Violante que sale á la escena suelto su cabello y furiosa por la puerta del fondo.)
VIOL. ¡Hijo del corazón!
JUAN. ¡Do está señora?
VIOL. ¡Lo han robado! (Cae en tierra.)
(D. Juan se cubre con las manos el rostro y exclama con dolor desesperado:)
JUAN. ¡Hijo mío de mi vida!
(Suspensión general. Berenguer desaparece; algunos intentan seguirle, otros acuden á la reina. Cuadro final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Castillo de San Martín Sarroca en Villafranca. Planta baja de una casa de campo propiedad de Berenguer de Abella. Gran puerta al fondo con escudo señorial de piedra. Á la derecha, desde la mitad del escenario una escalinata, y en lo alto de ella la puerta de entrada del camarín de una de las dos torres que se supone existen en las esquinas. Puertas á un lado y á otro. Á la derecha el principio de otra escalera que conduce á la cámara aposento de la reina Sibila. Inscripciones latinas grabadas en losas, y argollas de hierro empotradas en los muros. El techo lo forman grandes bóvedas de las que cuelgan asímismo anillas de hierro. Desde la meseta superior de la escalera, atraviesa la escena una baranda de sillería. Á la izquierda, en segundo término, una ventana grande. De la bóveda central cuelga un farol encendido cuya luz es vencida por la del día, que comienza al levantarse el telón. Óyese, pero sin que perjudique el diálogo, el murmullo de un torrente cercano, el cual podrá aumentar en los espacios entre escenas.

ESCENA PRIMERA.

BERENGUER y LIMÉS.

Berenguer, de pie, apóyase en la empuñadura de su espada, y guarda la primera puerta de la derecha. Limés en actitud igual, la del fondo: las puertas cerradas todas; asoma el alba.

LIM. Berenguer, ya apunta el día.

BERENG. Gracias á Dios; que atormentan
mi sombrío pensamiento
de la noche las tinieblas.
(Piérdense á lo lejos los gritos de los soldados que velan fuera.)

VOCES. ¡Aragón! ¡Aragón! ¡Aragón!

BERENG. ¿Oyes?

LIM. Sí, los arqueros son que el manso cercan
y los gritos de alerta se transmiten,
no hayas ningún temor, es gente nuestra.

BERENG. Por mí no temo, lo sabes;
pero sí mucho por ella;
es su vida la que corre
á mil peligros expuesta.
¡Díme, por Dios! y en el cielo
halles justa recompensa;
¿es bien segura esta casa
para nuestra pobre reina?

LIM. ¡Segura! ¿qué he de decirte,
si tus palabras demuestran
que dudas de cuanto tocas
y aciertas cuando mal piensas?
Y, pues, como yo, conoces
los riesgos que la rodean,
el odio implacable y fiero
que su rival le conserva
y las órdenes dictadas,
es ociosa la respuesta;
¿dónde podrá la infeliz,
hallar seguro en la tierra?

BERENG. En verdad, ¡no hay esperanza!

LIM. Una no más.

BERENG. La vileza
de valerse del infante
que nos trajimos en prenda,
y, temiendo por el hijo,
ver si el padre se doblega.

LIM. No, no hay otra...

BERENG. Que si ahora
aquí estamos con la reina,
á él lo debemos tan sólo;
el temor de que muriera

del rey detuvo el coraje,
cuando, como bien recuerdas,
los salones de palacio
dejamos más que depriesa.

LIM. ¡Con qué zozobra ella y yo
te esperábamos, ya fuera
de los muros, con el niño
que fué y es ardid de guerra!

BERENG. Y yo, Limés, con qué angustia
pensaba en la pena vuestra,
al parar la ira del rey
y la de la Corte entera;
vencidos, para salir
dejáronme libre puerta,
que á todos amedrentó
amenaza tan horrenda.
Fuera ya de las murallas
os busco entre las tinieblas,
cuando, envuelta en negro manto
una dama se me acerca;
era la reina, y vosotros
vigilabais detrás de ella;
yo, con el niño en los brazos
como indefectible muestra
de que nada el pretendiente
hacer podía en ofensa;
mis parciales, generosos
de su sangre por la reina,
y Hugo con mis servidores
que en la contienda murieran.
¡Cómo no abrigar confianza
con gente tan bien dispuesta!
La divido en dos mitades
y te digo «corre, vuela;
el niño que está en rehenes
que con nosotros no venga,
que faltara nuestro amparo
víctimas de una sorpresa.»
Echas á andar con los tuyos,
no bien comprendes mi idea,
y yo, con la noble dama,
en manto de sarga envuelta

con Hugo, con mis criados
y la atrevida nobleza
que defiende nuestra causa
con valor y fé sincera,
partimos detrás de tí,
andando entre las tinieblas,
cual vagarosos fantasmas
que buscan la tumba abierta.

LIM. ¡Oh! ¡qué noche! se trastorna
mi mente si la recuerda.

BERENG. No pasaré, no en mi vida
otra tan cruda como ella.
¡Bien hayan nuestros corceles!
el vendabal no atraviesa
más rápido las llanuras
que la cabalgata nuestra;
sólo así escapar pudimos,
al agua que mares era;
al rayo que fulguraba
cual del infierno á las puertas;
al trueno, que por los montes
rumor de tumbas remeda;
al lobo desemboscado
oliscando carne muerta;
y al somaten que ya alzaban
los bronces de las aldeas.
Ni el conde Arnau en persona,
cuando, envuelto en densa niebla,
y en potro infernal montado
llevó á la muerta abadesa,
seguido de la jauría
que en su torno ladra hambrienta,
sufrío más que yo al llevar
en mis brazos á la reina:
sin aliento, mudo el labio,
confusa la mente inquieta,
jadeantes, faltos de aire
en las gargantas resecas,
cual si fuéramos detrás
de una corona rastrera,
que rodando por la vía
huyese nuestra presencia,

al fulgor intermitente
de rayos y de centellas;
pero, parando de pronto
y despidiendo cual flechas
lampos y celestes iras,
creció y creció de manera
que por dentro fué forzoso
pasar, de la ardiente rueda,
la que con tal lividez
tiñó el rostro de la reina,
en mis brazos sustentada,
á mi amor carga ligera,
que, al ver sepultos sus ojos
en el fondo de las cuencas,
bien creyerais por mi vida
que era de la muerte presa;
tal que yo la imaginaba,
con todo y con ser tan bella,
un diablo, un mónstruo, un vestiglo,
por lo espantosa y horrenda.

LIM. Si más ya lugar seguro
al fin hallasteis para ella.

BERENG. ¿Seguro dices?

LIM. Tu casa
es, y cuantos hoy la cercan
servidores que por tí
se echarían á la hoguera.

BERENG. ¡Ay, Limés, que es la desgracia
á lealtades dura prueba!
Así te ruego que calles,
que no conviene que sepan
de nuestra dama la alcurnia.

LIM. ¿Ni aún aquéllos que te muestran
tanto interés?

BERENG. Ni aun aquéllos;
los más leales flaquean,
los más dignos se corrompen
y los más firmes se enervan.
¿El niño?

LIM. En aquella estancia
quizá con ángeles sueña;
no temáis, de noche y día

soy asíduo centinela,
sólo en fuerza de guardarlo
contra el rey tendremos fuerza.

BERENG. ¿Y si el rey cerco nos pone?

LIM. Con mi espada y vida cuenta;
de la reina por la causa
moriré.

BERENG. (Abrazándole.) ¡Cuánta nobleza!
(Aparece la reina sin que la vean.)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA SIBILA.

BERENG. Ya lo veis, reina adorada,
ya lo veis. (Sin verla.)

SIBILA. Sí, Berenguer.

BERENG. ¡Oh! (Sorpresa en los dos.)

SIBILA. Nunca llegué á creer
que estuviese así guardada.
De tan tranquilo reposo
no gozó mi corazón,
cuando, reina de Aragón,
gobernaba con mi esposo,
como aquí, burlando planes,
apenada y perseguida,
pero al amparo mi vida
de esos nobles catalanes.

BERENG. ¡Reina!

SIBILA. Sí, sí, dadme alteza
llenándome de placer,
que ser vuestra reina, es ser
ya sin igual en grandeza.

BERENG. Por desgracia no es verdad;
nosotros nada valemos,
pues reducir no podemos
de los hados la crueldad.

SIBILA. Guarda, Limés, el infante
como se guarda un tesoro;
que él contiene todo el oro
de la tierra en este instante.
Á su lado siempre alerta

no cejes noche ni día;
acalla hasta su alegría
si pueden oirle y despierta,
y piensa que mi fortuna
se halla toda acumulada
en el arca codiciada
de esa candorosa cuna.

LIM. Sé que vivo es vuestra vida
y muerto os fuera la muerte;
velaré por vuestra suerte.

SIBILA. Gracias.

LIM. Mi reina querida.
(Besándole la mano que le ha alargado.)

ESCENA III.

BERENGUER y SIBILA.

BERENG. Con cuanto yo valgo, quiero
de él responder.

SIBILA. Va contigo
y seguridad abrigo
de que es cual tú caballero.

BERENG. Á entrambos podeis mandar

SIBILA. ¡Mandar á mi defensor!
Pedirle será mejor
que me quiera aconsejar.
No es la reina, Berenguer,
la que tu auxilio reclama,
no es la reina que es la dama
que por tí aspira al poder.

BERENG. Hablad.

SIBILA. Que no hay esperanza
bien lo ves, cuando salí
de palacio, no atendí
ardiendo en sed de venganza
á más razón que no fuera
la de morir ó matar,
pero á esta casa al llegar
sentíme de otra manera;
la fatiga me rindió
en cuanto parada estuve;

la pesadilla que tuve
deja que te cuente yo.

BERENG. ¿Un sueño?

SIBILA. De amargas penas;
dormía, cuando á llamarme
una voz vino, y á helarme
toda la sangre en las venas.
Escuchéla, y, á su acento
sentíme tan fascinada,
que, humilde y exclavizada,
obedecí al mandamiento.
Aun ignoro dónde estuve,
por desiertos y poblados,
por barbechos y sembrados
detrás de lo voz anduve,
y cuanto más la seguía
más «Sibila» ella gritaba,
cuanto más yo caminaba,
tanto más lejos la oía.
Cesó la voz, no mi espanto,
que escucho tocar á muerto
y, de cruces recubierto,
me encuentro en un camposanto.
Cuando turbados y rojos
alzarlos quiero un momento,
fúnebre acompañamiento
aparece ante mis ojos,
y oigo tétrico pregón
que dice con desconsuelo;
«Cristianos, rogad al cielo
por la reina de Aragón.»
—¿Cuál? — «Tú,» les oigo decir,
«Doña Sibila» y pasaron
¿«Dó la llevais?» y lloraron
al contestarme... «á morir.»
«¿Quién acusa á la infelice?»
les pregunto, con voz fuerte:
«¿Quién la acusa?—el ódio á muerte
del pueblo que la maldice.»
«¿Mas quién la condena?» «El rey
que ira le tiene de sobra»
«y ¿quién le ayuda en tal obra?»

«Juntos su esposa y la ley.»
Y ví que de mi suplicio
el catafalco se alzaba
y que una voz me llamaba
cual la del ángel del juicio,
que repitiendo el pregón
que aun me sume en triste duelo,
decía «rogad al cielo
por la reina de Aragón.»
Ví al sacerdote, á los jueces,
ví luego al ejecutor,
y el destemplado tambor
escuché distintas veces:
se alzó un ruego lastimero
como canto funeral,
y ví con risa infernal,
mirándome un pueblo entero,
y fué tal la pesadilla
y su eficacia fué tanta,
que hasta sentí en mi garganta
el filo de la cuchilla:
antes que muerte tan víl
en tí, Berenguer, espero,
que me mates con tu acero,
ó con veneno sutil,
todo menos el pregón
que cambia mi sangre en hielo,
«Cristianos, rogad al cielo
por la reina de Aragón.»

BERENG. ¡Oh!

SIBILA. Lívida y azorada
salto del lecho, cual muerta
de su tumba, mas mi puerta
he visto tan bien guardada
que ya en salvo me juzgué;
pero si es del cielo aviso
que yo deba de improviso
morir como yo soñé,
vengo á saber como puede
lograrse que la corona,
que ya miro en mi persona,
por el cadalso no ruede.

BERENG. Para lograr sin protesta
que vos la podais lucir,
y que os la venga á ceñir
el prelado en son de fiesta,
es fuerza seguir, señora,
con tesón el plan que os fijo:
el cetro, en cambio del hijo
que vos guardais y él adora.
Tendreis trono y tendreis vida,
si exigís con altivez,
si suplicais, á su vez
perdido habeis la partida.

SIBILA. ¡Cierto! ¡y pude sojuzgada
por un sueño aterrador
renunciar al alto honor
de ser reina y acatada!
mujer débil y mezquina,
alma sin fuerza y sin fé,
¡cómo incauta no pensé
que es mayor muerte la ruina!
Tienes razón, Berenguer,
sólo en trueque de la prenda
que poseo, y haz que entienda
que otro el pacto no ha de ser.
Contemple ese pueblo huraño
con mi triunfo su abandono:
Yo, sentada en régio trono,
él, bajo el primer peldaño.

BERENG. ¡Mi reina!...

SIBILA. Vasallo fiel,
eres mi guía y mi escudo,
á tus consejos acudo,
pues estás á mi nivel,
si no en linaje, en valor,
si no en la sangre, en nobleza,
si no en derecho, en grandeza
del sentido del honor.

BERENG. Opinais...

SIBILA. Que es necesario,
para el fin que lograr quiero,
que al punto un buen mensajero
vaya al real de mi adversario.

BERENG. Iré yo. (Con firmeza.)
SIBILA. ¡Tú! mas no piensas
que á don Juan has de decir
que debe su hijo morir,
y ha de tomar como ofensas
las condiciones altivas
que le impongo, porque quiero.
BERENG. Cumpliré cual mensajero.
SIBILA. ¿Y si sus odios avivas?
BERENG. Pues moriremos los dos,
que así el riesgo se delata,
matándome, á su hijo mata
y os hallais perdida vos:
si se resuelve á matarme,
claro es que á su hijo no quiere
y que su orgullo prefiere,
vos muriendo ¿á qué salvarme?
SIBILA. Quizá Limés...
BERENG. Su deber
le ata aquí; si no he venido
mañana, dadme al olvido.
SIBILA. No puedo condescender:
¡tú en manos de mi contrario!
¡Vas á morir!
BERENG. No lo espero,
caballero soy, y el fuero
tendré de parlamentario.
Pues pudiéranme obligar
á escribiros, sin reparo
romped mis letras, declaro
que en esto os debeis guiar.
(Le dá un pergamino.)
Guardeos Dios, voy decidido
y no hay quien mi empeño tuerza,
veré al rey puesto que es fuerza.
SIBILA. El cielo así lo ha querido. (Vase.)

ESCENA IV.

BERENGUER, luego LIMÉS.

BERENG. Que mis ojos no te vean,

si he de cumplir mi palabra,
que, mirándote, mal pueden
abandonar esta casa,
adios, encanto de amores,
adios flor de mi esperanza;

LIM. ¿Partes, Berenguer, acaso?

BERENG. Sí, que voy donde me llama
mi deber de caballero,
que en peligros no repara;
do quizá el puñal me acecha;
al infante á ver, la reina
lo quiere, si no lo manda;
vano intento es detenerme,
fuera crímen la tardanza;
antes de que parta, escucha
y no olvides mis palabras:
si en mí los fueros de enviado
el furor del rey no acata,
si en Barcelona me prenden,
la exigencia no les valga
de que devuelvas por mí
el infante á los monarcas,
y, aun cuando llegue á tu oído
que el rey la vida me arranca,
sin que en salvo esté la reina,
no te mueva la venganza.

LIM. Pero...

BERENG. No dudes y jura,
por la cruz que hay en tu espada,
que cumplirás mis mandatos
sin sobras, pero sin faltas.

LIM. Lo juro.

BERENG. Pues, oido atento:
secretos tiene esta casa
que tan solo Hugo los sabe,
pues hace tiempo la guarda.

LIM. Hugo dices ¿y en tal hombre,
pones, Berenguer, confianza?

BERENG. Á qué viene...

LIM. Á que sospecho
que algo misterioso trama,
tan receloso, si mira,

tan comedido, si habla,
tan atento cuando escucha,
no sé por qué á semejanza
del retroceso del tigre,
puesto en punto de parada
para lanzarse á la presa
que han de trocear sus garras,
diríase que el momento
de causar males aguarda.

BERENG. Ya me dijiste... aprensiones
que sin motivo te alarman.
Hugo es leal y me quiere,
honradez guarda en el alma;
desecha tales ideas
y escucha bien, lo que falta.
Donde preso al niño tienes
en la tenebrosa estancia,
hay un alto ventanillo
que dá al barranco, empotrada
en su alféizar una argolla
verás, que si bien la oprimes
hace que una puerta se abra,
ingreso de una escalera
oscura y aportillada
que hasta el fondo del torrente
cual á los infiernos baja.

LIM. ¿El torrente que ahora roja
lleva el agua, ayer tan clara?

BERENG. El mismo. Los escalones
llegan hasta su vaguada,
y por ellos, si te encuentras
perdido, á la reina salva,
de Hugo valiéndote, el solo
conocedor de la entrada.

LIM. Yo...

BERENG. No vaciles y jura,
por tu madre que Dios haya,
que serás para Sibila
norte, escudo y esperanza.

LIM. Mas...

BERENG. Jura por Dios.

LIM. Lo juro.

BERENG. ¡Oh! gracias amigo, gracias.
LIM. Loco estás y me enloqueces.
BERENG. Pues que nunca alumbre clara
mi razón, si, con tenerla
perdida, la reina gana.
Adios, pues.
LIM. ¿Te vas?
BERENG. Ya es hora.
LIM. Un ángel contigo vaya.
BERENG. Conmigo no, que se quede
junto á mi reina adorada
á quien gustoso cediera
hasta el ángel de mi guarda.
Adios, espejo de nobles
LIM. Él te acuda en tu demanda.
(Vánse Limés por la escalera de la torre, Berenguer por la izquierda.)

ESCENA V.

HUGO y VIOLANTE, que viene cubierta con un velo, entran cautelosamente los dos.

HUGO. Entrar podeis, ya se fueron.
VIOL. Al fin.
HUGO. ¿Qué se impacientaba
su merced?
VIOL. Psé, tanto y tanto
tardabas en darme entrada
que sentía no impaciencia,
mas recelo.
HUGO. Muchas gracias;
pagóme y juré servirla.
VIOL. Te previne que la paga,
con ser mucha, no era entera.
HUGO. De ello es de lo que se trata,
yo soy, para á vos servir,
Hugo Pons de Mataplana,
criado de Berenguer
y aparcero de esta casa.
De cuanto á mi señor quiero
os hablarán mis hazañas,

dos veces salvé su vida
en el campo de batalla.
Con la gente que yo mando
hallábame hoy de avanzada
cuando, envuelta en largo velo
á mí se viene una dama,
negro traje la cubría,
seis hombres la acompañaban;
erais vos.—¡Atrás!—exclamo,
ya en vuestro pecho mi lanza,
vos decís...—mucho me importa
entrar en aquella casa—
—orden tengo de impedirlo—
he contestado con calma,
y vos—soy una mujer
y allí se encierra una dama
á quien hablar me precisa,
con franquearme la entrada
ningún riesgo sobreviene
¡qué puede entre gente brava
una indefensa mujer
que se parezca á amenaza!
y yo en nombre de la reina
te he de dar tan fuerte paga
que á buen seguro que nunca
vuelvas á empuñar la azada.—

VIOL. Si, cierto, tales han sido,
y mantengo mis palabras.

HUGO. Yo entonces os pregunté,
roja de sangre mi cara,
—La reina, ¿decis que es ella
que mis servicios demanda?—

VIOL. No lo dudes, añadí,
ella lo quiere y lo paga.

HUGO. Entonces ¿la conoceis?

VIOL. Como á la que ahora os habla.

HUGO. ¿Y hareis que yo la conozca?

VIOL. Cuando mi afan satisfagas.

HUGO. No os he mirado siquiera;
mas allá de las murallas,
mando parar á los vuestros,
echo á andar, seguis sin calma

por solitarios caminos,
arribamos á esta casa.
y, pues estamos en ella,
cumplidme vuestra palabra.

VIOL. La cumpliré en cuanto logre
conversar con esa dama,
mas dime ¿por qué á la reina
ver quieres con ansia tanta
que á consigna y á deberes
solo por lograrlo faltas?

HUGO. Lo sabreis cuando la vea.
quiero arrojarme á sus plantas,
ella, quizá sin saberlo,
concedióme tantas gracias!
(Con ironía ligera.)
protectora de los míos...
¡merece tanta alabanza!

VIOL. Y si yo la reina fuese...

HUGO. Si fuereis vos ¡Vírgen Santa!
Si lo fueseis...

VIOL. ¿Qué?

HUGO. ¿Por dicha
sois vos la reina?

VIOL. ¿Te pasmas
de que lo sea?

HUGO. Si mucho.

VIOL. Pues si eso á rendirte basta,
y el brillo de una corona
aún más que el oro te halaga,
acabemos: soy la reina.
(Álzase el velo y descubre el rostro.)

HUGO. ¡Vos! (Con alegría y rabia.)

VIOL. ¡Yo!

HUGO. ¡Ni Dios os ampara!
¡la reina vos y os entrais
sin recelo en esta casa!
¡la reina y no me lo ha dicho
mi corazón con su rábia!
¡la reina y ante mis ojos!

VIOL. ¿Y vos quien sois?

HUGO. La venganza.
Quién ha diez años que os busca

por doquiera con el ánsia
que el cazador de las selvas
busca una fiera alimaña,
quién de Berenguer de Abella
entró á servir en la casa,
sólo porque supo de él
que á las veces os hablaba,
y que estando á su servicio
lograría su esperanza.
Así he andado tras de vos
con gozo y con penas hartas,
gozo por poder vengarme,
penas por si me vengaba.
Pensad, pues, si hoy que os encuentro
por mi suerte, cara á cara,
me he de bañar con delicia
en el torrente de lágrimas
de sangre que haré verter
á quién hizo verter tantas!

VIOL. Me asustais, ¿qué haceros pude,
origen de vuestra saña?

HUGO. ¿Qué hicisteis? he de decirlo,
vereis si es firme mi causa.
Padre fuí, padre de un niño
que era de mi vida el alma,
creció, convirtióse en hombre,
y, cuando la dura carga
de los años me vencía,
mirándole me animaba;
como sangre de mi sangre,
por tanto honrado y sin mancha,
al mirar un día al pueblo
esclavo de su monarca,
se alzó en armas, prisionero
en la perdida batalla,
á muerte le condenaron;
su madre desesperada
se echó á los piés de la reina,
por él demandando gracia,
y la reina, que bien pudo
con decir una palabra,
ó entregando el régio anillo,

según es antigua usanza,
librarle, á la intercesora
igual castigo señala.

VIOL. (En confusiones me pierdo.)

HUGO. Añadiendo, despiadada:
—Vaya el rebelde á la horca
y el muerto á la tumba vaya.—

VIOL. (¡Coincidencia más feliz!)

HUGO. ¡Ay, hijo de mis entrañas!
¡esposa del alma mía!

VIOL. (¡Oh! si el cielo me lo manda)

HUGO. Y eres tú la reina aquella
más que cruel, inhumana,
y en mi poder has caído
para saciar mi venganza
«vaya la reina á la horca
y muerta á la tumba vaya.»
(Remedando las palabras de Sibila.)

VIOL. Cierto, sí, la reina indigna
que te maltrató á mansalva,
mas no la que no era reina.

HUGO. ¿Cómo?

VIOL. Ni en serlo soñaba,
la dama á quien tú persigues
es la que allí, imbécil, guardas.

HUGO. ¿Será verdad?

VIOL. Una prueba,
á ver si resulta falsa,
Llámala.

HUGO. Reina y señora.
(Acercándose á la puerta.)

VIOL. ¿Viene?

HUGO. Majestuosa avanza.

VIOL. De que ella fué tu verdugo
¿qué prueba quieres más clara?
ayer ceñí su diadema
aún de sangre salpicada,
mas presto con obras pías
borraré las rojas manchas.

HUGO. Dejad que la despedace.

VIOL. ¡No! (Colocándose entre él y la puerta.)

HUGO. Que le escupa en la cara;

Águila real que altiva
tan sólo en palomas mansas
te cebaste... una serpiente
saltó encima de tus alas,
sujetólas, y, cual cuerda
en torno tuyo arrollada,
verás que presto, muy presto,
el postrer suspiro exhalas.

VIOL. Sea; pero antes con ella
yo he de hablar.

HUGO. ¡Nunca! te engañas,
mi venganza es lo primero.

VIOL. Lo primero es tu palabra.
Ofrecí darte á la reina
si antes con la dama hablaba,
déjame con ella á solas,
después, la entrego á tu rábia.

HUGO. No olvideis que ansioso espero.

VIOL. No olvides tú que en sus garras
conserva, aun cuando abatida
el águila en que te ensañas,
á un hijo como aquel tuyo,
gloria mía, mi esperanza.

HUGO. Razón teneis, trataré
de acallar mi ira, que brama,
haced de ella á vuestro antojo,
pues observo, cosa rara,
que ahora que está en mi poder
esperar casi me agrada.
Decir no oisteis que el tigre,
cuando allá en la selva hircana
vence á la hiena rival,
aún pudiendo no la mata,
que con ella juguetea,
le da y le quita esperanzas;
con las garras la acaricia,
ya la acerca, ya separa;
pues para mejor vengarse
se goza en martirizarla...
No... ya me voy, sí, ya espero,
ya veis, contengo mi rábia.

(Hugo va desapareciendo ante las expresiones y

ademanes de Violante.)

VIOL. ¡Oh, cuán poderoso auxilio
va á prestarme su venganza!
(Mira á la cámara de Sibila.)
¡Ea! batalla de reinas.
Vamos á ver quien la gana.

ESCENA VI.

VIOLANTE y SIBILA.

SIBILA. ¿Quién aquí?
VIOL. La madre amante
que acude á lanzar su queja;
la que por ser madre, deja
de ser la reina Violante.
SIBILA. ¡Oh! ¡Tú al fin!
VIOL. Sí, yo, Sibila.
SIBILA. ¿Eres tú? cumplió mi anhelo
el infierno, quizá el cielo.
Vienes turbada, intranquila
y casi ante mí de hinojos
te miro bañada en llanto,
yo no sé, tras gozo tanto,
si dar crédito á mis ojos.
VIOL. Decir puedes cuanto quieras;
sólo soy madre amorosa.
SIBILA. Y yo soy la reina odiosa
que te aborrece de veras,
la que su alta condición
no cederá mal tu grado;
la que ni un día ha dejado
de ser reina de Aragón.
VIOL. ¿No será, pues, atendido
mi ruego?
SIBILA. ¡Quién sabe! dí.
VIOL. Quieres...
SIBILA. Todo para mí.
VIOL. Mucho es todo.
SIBILA. Solo pido
lo que está en razón ¿con tono

altanero no me has dicho
que eres reina? pues capricho
tengo y grande por tu trono.
Eres feliz, respetada,
y libremente respiras
dame, y calmarás mis iras,
la libertad bienhadada,
todo ello y más anhelosa
no es que lo pida, lo exijo,
sinó la muerte de tu hijo;
opta, reina poderosa.

VIOL, Es tuyo cuanto te cuadre,
sólio, cetro, libertad,
¿qué no diera, preguntad,
por sus hijos una madre?
¡Oh! ni un instante vacila
mi afligido corazón,
pide el más extraño don,
tuyo es, si está en mí, Sibila.
¡Mas qué puedo conceder
si á escondidas aquí vengo
y sin el rey nada tengo!

SIBILA. Mucho, como vas á ver.
¿Pensaste que la rival
tan sólo te pediría
el cetro y satisfaría
con él su ambición? No tal,
más que tu trono me placen
los rigores de la suerte,
esas angustias de muerte,
que á mi presencia en tí nacen.
¡Aunque gozo, como miras,
viendo tus ojos llorar,
me es más grato contemplar
la impotencia de tus iras.
Insúltame con voz dura,
arrójame tu veneno.
¡Dios del cielo, eres muy bueno
pues me das tanta ventura!
¡Qué bien tu enojo pregonan
esas miradas brillantes!
no lucen más los diamantes

que tu cabeza coronan.
El odio á que no resistes
á tu rostro se ha asomado..
¡Oh reina! No es tan morado
el real traje que vistes,
¡yo que por verte rendida
y arrastrando por el suelo
diera la parte de cielo
que tenga ya concedida!

VIOL. ¡Oh! gózate en tu fiereza,
en tanto que yo me aflijo,
pero devuélveme al hijo
y dispón de mi cabeza.

SIBILA. ¿Cómo respondes así
á tan implacable ofensa?
no, la reina que así piensa
no es rival digna de mí!

VIOL. Si es en vano suplicarte
y es en vano amenazar,
¡qué recursos encontrar,
Sibila, para aplacarte!
Decid, cielos, con qué oferta,
con qué raro galardón
llamaré á su corazón
para ver si se despierta.
Aunque seas un desecho
del infierno sin piedad
¿no hay ni un resto de bondad
en el fondo de tu pecho?
¿No puso la Providencia
el amor en tu alma impía?
¿Cuál es la senda que guía
al trono de tu clemencia?
He de hallarla, estoy tranquila,
entre el odio que te ciega,
que es madre la que te ruega
y tú eres madre Sibila.
Piensa un punto en los dolores
de mi hijo sacrificado,
y que gozar no le es dado
la gloria de mis amores.
Quizá en lúgubre prisión

llorando se desespera,
y yo no puedo, aunque quiera,
acallar su triste son.
Piensa...

SIBILA. Pensado de sobra
está, y prosigo en mi tema,
si recobro la diadema,
la madre al hijo recobra.
Cuando en el sólio sentada,
en mi redor la nobleza,
ensalzando mi grandeza,
y cuando tú, desterrada,
nada puedas, como áhora
con tus ardides y mañas,
al hijo de tus entrañas
te devuelvo sin demora.

VIOL. ¡Suerte infeliz!

SIBILA. ¡Cómo, el pacto
rehusas, y que le quieres
proclamas? madre no eres.

VIOL. Si en mí estuviera, en el acto;
no son míos la corona
ni el cetro.

SIBILA. Tu esposo amante,
hará renuncia al instante,
que así su afecto pregona;
calmará tu pena insana
con cuanto en su mano esté.

VIOL. Si tú quieres te daré
mi majestad soberana.
todo lo que á mí me toca,
mis tesoros, mi esplendor,
pide si quieres mi honor
por un beso de su boca.

SIBILA. Solo lo pactado quiero,
ni me ablando, ni transijo.

VIOL. La honra, ó la vida de mi hijo... (Meditando.)
tienes corazón de acero
Mírame. (Cayendo arrodillada.)

SIBILA. Al fin.

VIOL. Á tus piés
contémplame prosternada,

ya gozas, ya estás vengada,
pues abatida me vés.
Dame sí, con tu perdón
al hijo que el alma adora.

ESCENA VII.

VIOLANTE, SIBILA y D. JUAN que entra de pronto.

JUAN. ¡Alzad! (Ofendido al verla en tal postura.)
SIBILA. ¡Ah! (Sorprendida.)
VIOL. (¡El rey!)
JUAN. Señora...
Sois la reina de Aragón.
VIOL. Madre, solo alcanzo á ver
que le tratan sin piedad.
JUAN. Un resto de dignidad
os debiera contener.
SIBILA. ¿Y quién, don Juan os dió entrada?
JUAN. El sello de aqueste anillo. (Mostrándole.)
SIBILA. ¡Oh! bien conozco su brillo.
JUAN. De Berenguer, desdichada,
de quien creyó por su mal,
que si á mi tienda venía
la inmunidad le valdría
de parlamentario real.
SIBILA. ¡Á ella faltaste!
JUAN. Si, yo,
que quien contra mi hijo atenta
y quien procáz me lo cuenta
todo derecho perdió.
SIBILA. ¡Miserable!
JUAN. Mútua ofensa;
ley igual, igual castigo.
Preso tengo á vuestro amigo,
vos á mi hijo.
SIBILA. ¿Y qué piensa
el rey de Aragón hacer?
JUAN. Dame á mi hijo, de esta suerte
yo libraré de la muerte
al rebelde Berenguer.
SIBILA. ¡Oh!

JUAN. Morirá, si yo quiero.
SIBILA. Y ¿si lo que me ofreceis
no cumplis?
JUAN. No mereceis
tan ejemplar caballero.
Quizá temiendo el ultraje
que iba á sufrir en su honor
me ha nombrado portador
para vos de este mensaje;
pues accedí á su demanda,
como cumple á un caballero,
leed (lo que dice infiero,
que entregue al niño le manda.)
(D. Juan aparte á Violante. Sibila arroja el pliego que le da el rey y lee el que le entregó Berenguer.)
SIBILA. (¡Oh, qué leo!)
VIOL. (¿Por qué siente
júbilo tal?)
JUAN. (¿De qué trata?)
SIBILA. (Leyendo.) «Aunque afirme que me mata
sabed, señora, que miente,
si os da la carta en persona
hacedle al punto prender,
salvais así á Berenguer
y así salvais la corona.»
VIOL. ¡Oh!
JUAN. ¡Infame!
SIBILA. «Ni una palabra
creais de cuanto él os diga,
es el curso de una intriga
que en vuestra contra se labra.»
UAN. ¡Oh!
VIOL. ¡Villano!
JUAN. Y se ha atrevido
á confiarme aqueste pliego,
que á fuer de leal entrego
sin saber su contenido.
SIBILA. Rendirme debeis la espada
que os fué la suerte fatal,
y como cárcel real
os designo esta morada.

JUAN. Y supusisteis quizá
que todo un rey de Aragón
éntre en la cueva del león
si la fiera suelta está.
Os engañais, vuestra gente
es venal y no os escuda,
pedid al infierno ayuda
que vuestro odio es impotente.

SIBILA. ¡Mentís!

JUAN. Probadlo.

SIBILA. ¡Leales,
socorro á la reina aquí!

JUAN. No vendrán. (Mirando por la escalera.)

SIBILA. ¡Oh! vienen, sí. (Con alegría.)

VIOL. Ya suben.

JUAN. (Sí, criminales,
fidelidad han mentido
en mi daño.)

SIBILA. ¡Oh! la corona
al cubil de la leona
á coger habeis venido,
y la leona irritada
se vale de la ocasión
y os clava en el corazón
la dura garra acerada;
al fin, os tengo en mi yugo,
ya acabaron vuestras glorias,
presto á las yerbas mortuorias
dará vuestro cuerpo jugo:
y pese á vuestra ambición
nadie sabrá en adelante
dónde se pudre el infante
subido á rey de Aragón.

VIOL. y JUAN. ¡Oh!
(Se oye el rumor de los que llegan en auxilio de la reina.)

SIBILA. Sabeis vuestra sentencia.

ESCENA VIII.

DICHOS, gente armada. HUGO con una ballesta.

HUGO. ¡Aquí! (Entrando tumultuosamente.)

JUAN. Teneos, traidores.
(Amparando á Violante espada en mano.)
SIBILA. ¡Á ella, mis servidores! (Por Violante.)
JUAN. ¡Sí, matadla sin clemencia! (Por Sibila.)
VIOL. Quien á Nos quiera llegar,
falta á Dios, falta á la ley,
yo soy la reina.
JUAN. Yo el rey.
SIBILA. ¿Cómo no osas avanzar?
(No comprendiendo la indecisión de Hugo.)
JUAN. (¿Qué es eso, cede, vacila?...)
(Ap. á Violante.)
SIBILA. ¿Temes, corazón cobarde?
VIOL. (¡Ahorcóles con fiero alarde!) (Ap. á Hugo.)
HUGO. Morirás, reina Sibila.
TODOS. ¡Muera!
SIBILA. ¡Oh, Dios! (Retrocede con espanto.)
HUGO. ¡Muere! la fosa
ya por tragársete clama,
no ha de valerte ser dama
de mi señor, ni aún esposa.
Castigará sin tardanza
lo que contra vos yo tramo;
pero son antes que mi amo
mis deberes de venganza:
murmurad una oración
único don que acordasteis
al hijo que me robasteis
siendo reina de Aragón;
no tardeis en prepararos
que todo un pueblo ya espera
con ademanes de fiera
dispuesto á despedazaros.
SIBILA. (Perdida estoy.)
JUAN. Os vencí,
nadie con vos.
SIBILA. No me arredro;
la viuda del rey don Pedro
aún tiene un recurso.

ESCENA IX.

DICHOS y LIMÉS.

LIM. ¡Aquí!

(Limés ha aparecido abriendo de par en par la puerta de la cámara en que guarda al príncipe. Vése á éste durmiendo en una cuna grande. Por la ventana del fondo se divisa caer el agua que se une á la del torrente. La reina Sibila, aprovechándose de la confusión, comienza á subir la escalera.)

JUAN. ¡Á ellos!

(Avanzan. Un grito de Limés los detiene.)

LIM. No, detente,
rey de Aragón: por si acaso
sabe que, si das un paso,
arrojo á tu hijo al torrente.

VIOL. ¡Hijo! (Grito desgarrador.)

JUAN. (Con desesperación.) ¡Vil!

LIM. Vida por vida.

SIBILA. (Subiendo otro escalón.)
No lo olvideis en mal hora.

JUAN. ¡Maldición!

LIM. Entrad, señora.

(Coge la puerta para cerrarla pero no lo ejecuta hasta que ha hablado Sibila.)

SIBILA. Ganado os he la partida
rey don Juan.

JUAN. Cierto.

HUGO. Dios quiere
que así consiga mi anhelo.

(Hugo dice estas palabras al tiempo en que ha puesto una flecha en la ballesta y se arrodilla para desde abajo matar á doña Sibila. Lo vé Violante y le detiene con desgarrador acento.)

VIOL. ¡No! detente, por el cielo,
si la matas mi hijo muere.

JUAN. (¡Suerte infeliz!)

SIBILA. Dios mediante
igual el riesgo ha de ser;

de retorno Berenguer, (Con calma.)
hablaremos del infante.
(Entra en la Cámara, desapareciendo detrás de ella Limés que cierra la puerta.)

ESCENA X.

LOS MISMOS excepto LIMÉS y SIBILA.

VIOL. ¡Oh!
JUAN. ¡Cerró!
VIOL. ¡Mi hijo!
HUGO. ¡Mal haya,
tan vil mujer.
JUAN. Al momento,
que un leal al campamento
con mi firma y sello vaya;
vaya presto y presto venga,
después de que á Berenguer
hayan dado á conocer
lo que mi pliego contenga.
(Acércase á la mesa, toma un pergamin de la escarcela y escribe en él.)
HUGO. Vé tú, pues te considero
el más listo en el andar.
(Escogiendo uno de los hombres.)
JUAN. En oro te he de pesar
si vas cual corza ligera.
(Sella lo escrito y lo entrega al hombre, que desaparece.)
Calmad vuestro afán, señora, (Á Violante.)
y si el materno cariño...
HUGO. ¡Qué! ¿quereis que arranque el niño
de manos de esa traidora?
(Como acudiéndole una idea.)
JUAN y VIOL. ¿Cómo?
HUGO. Es nécio que os lo cuente,
esperadme aquí los dos.
VIOL. Hugo, confíamos en vos.
HUGO. (Dirigiéndose á algunos hombres.)
Venid conmigo al torrente.
(Vánse por la puerta del fondo.)

ESCENA XI.

VIOLANTE y D. JUAN.

VIOL. Se alejan. (Mirando por la ventana grande.)
JUAN. Que Dios les guíe.
VIOL. ¡Qué zozobra!
JUAN. ¡Qué tormento!
VIOL. Y quizá en este momento
nuestro infante se sonríe.
JUAN. Se han detenido... mirad.
(Mirando asimismo.)
VIOL. ¿No avanzan?
JUAN. Ya corren, sí.
VIOL. ¡Qué angustia!
JUAN. ¡Qué frenesí!
VIOL. ¡Qué dolor!
JUAN. ¡Cuánta ansiedad!
VIOL. Nada se oye. (Escucha con ánsia.)
JUAN. Sólo el ruído
que hace en las ramas el viento.
VIOL. Madre soy y es mi tormento
todo por mi hijo querido.
Sálvale, Virgen María.
JUAN. ¡Qué gozo si lo trajesen!
VIOL. Lo traerían si supiesen
cuánto el corazón lo ansía.
JUAN. Nada escucho. (Óyese el torrente.)
VIOL. ¿Qué, no oiste?
JUAN. Es el agua que murmura.
VIOL. Ni la quieta sepultura
deja el corazón más triste.
Ampáranos, Dios clemente.
JUAN. Tanto esperar me acobarda.
VIOL. ¡Oh! no viene.
JUAN. ¡Cuánto tarda!
VIOL. ¡Siempre el maldito torrente!
(Óyese de nuevo.)
JUAN. Vuela el tiempo, y el temor
ya comienza á congelar
mi sangre.

VIOL. ¡Dejadme entrar
donde está mi hijo, señor!
La venganza que á Hugo encona
me dice que lo traerán.

JUAN. Yo no resisto á mi afán,
que se pierda mi corona.
(Comienza á subir la escalera.)

VIOL. ¿Qué intentais?

JUAN. Ya lo vereis.
(Con gritos de locura.)
Reina Sibila, os perdono,
tomad mi cetro y mi trono
y mi existencia.

VIOL. ¿Qué haceis?

JUAN. Voces á los vientos dar.
(Viendo su inutilidad.)

VIOL. ¡Aún no vuelve aquella gente!

JUAN. Y el corazón impaciente,
del pecho quiere saltar.

ESCENA XII.

DICHOS y BERENGUER.

BERENG. ¡Y saltará, infeliz rey!

JUAN. ¡Oh! ¡Viniste!

BERENG. Vine, sí,
que aun prisionero yo, aquí
os he sujeto á mi ley.

JUAN. ¡Oh!

VIOL. ¡Por traición!...

BERENG. ¿Pues decid,
á engaño no recurristeis?
¿cómo á esta casa vinisteis
sino merced á un ardid?

JUAN. Quien mi majestad no acata
camino va de la muerte:
mi hijo...

BERENG. Seguirá mi suerte.
Salid ó Limés le mata.
(Sube rápidamente la escalera y llama á la puerta.)

VIOL. ¡Por piedad!
JUAN. Exasperado
ya, ni mi hijo me detiene.
BERENG. ¿Sí? ¡pues mátame!
JUAN. ¿Quién viene?

ESCENA XIII.

DICHOS, LIMÉS que aparece ensangrentado é indicando que el niño no está en el lecho.

BERENG. ¡Limés!
(Limés se oprime el corazón con ambas manos.)
JUAN y VIOL. ¡Oh!
LIM. ¡Me lo han robado!
TODOS. ¡Ah!
(Berenguer con dolor inmenso. Violante y Juan con alegría.)
LIM. Sí, tan solo he podido
salvar á la reina, un grupo
por la mina llegar supo.
JUAN. (Hugo fué, lo he comprendido.)
BERENG. Como creerlo, Limés,
si te dije á mi partida
antes que el niño, tu vida.
LIM. ¡Y he cumplido, ya lo ves!
(Cae muerto á los piés de Berenguer que estrecha su mano.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, HUGO y HOMBRES ARMADOS.

BERENG. Dechado fué de braveza.
Lamento, hermano, tu suerte,
(Con cariñosa mirada.)
nunca se llevó la muerte
noble de mayor nobleza. (Llora.)
JUAN. Hoy es día de perdón.
Dame á la reina y el tuyo
ofrezco ¿aceptas?
BERENG. Arguyo

que esto fuera una traición.

JUAN. Leal eres.

BERENG. Siempre lo fui.

JUAN. Morirás.

BERENG. Tal es mi estrella.

JUAN. ¡Tu vida doy por la de ella!

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS, SIBILA aparece á la puerta de la galería.

SIBILA. Dádsela, ya estoy aquí.
(Con heróica resolución y bajando majestuosamente la escalera.)

TODOS. ¡Ah!
(Con gozo todos. Berenguer con desesperación echa mano á la espada.)

BERENG. Atrás.
(Apercibiéndose á defenderla.)

SIBILA. No, Berenguer,
(Bajándole la espada.)
palabra real mediante,
libre sois. (Berenguer arroja la espada.)
Doña Violante,
reina comenzais á ser.
(Se adelantan á prenderla. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Salón de la casa solariega de Vives. Á la derecha las puertas de las prisiones Á la izquierda ventana grande enrejada. Sobre un poyo un farol encendido. La puerta de entrada junto á la ventana. Al fondo puerta de la capilla que ha de abrirse á su tiempo. Mueblaje severo. Sobre una mesa, recado de escribir y pergaminos. Penetra el día á través de los vidrios de colores.

ESCENA PRIMERA.

CAVESTANY y HUGO. Dos soldados á la puerta.

HUGO. Aquí los presos están;
allí Berenguer de Abella;
Bernardo allá de Valldaura,
y aquí, ya sabeis, la reina.

CAV. ¿La reina?

HUGO. Ó doña Sibila,
como querais.

CAV. La más negra
cárcel tiene.

HUGO. Yo elegila,
que árbitro me hicieron de ella,
y sé distinguir de alcurnias.

CAV. Hugo, para que os concedan

tan extraña autoridad,
habreis, al rey ó á la reina,
prestado grandes servicios.

HUGO. Uno, que según mis cuentas
salvó al príncipe la vida
y el trono de aquesta tierra.

CAV. ¿Y os pagaron?

HUGO. Con nombrarme
carcelero de la reina;
—De la que lo fué,—hasta tanto
que llegue su hora postrera.

CAV. Bien presto á lo que parece
habrán fin vuestras tareas,
que á muerte está condenada
doña Sibila, y con ella
á muerte á sus defensores
también los jueces condenan.

HUGO. Con Dios quedad.

CAV. Él os guíe
en tan arriesgada empresa.

HUGO. ¿Cuál?

CAV. Pues, la de custodiar
los presos.

HUGO. No me amedrenta.

CAV. Pensad que sus partidarios,
sabiendo ya lo que ordenan
el rey y el Consejo, pueden
venir y...

HUGO. ¡Guay, si lo intentan!
¿Para qué de alcaide estoy,
sino para hacer que suba
al cadalso y por las gradas
mire rodar su cabeza?
¿Por qué no murió á mis manos
sino porque la otra reina
me dijo.—Si satisfaces
lo que tus iras desean,
terminará en un instante
la angustia que la atormenta,
mientras que si vive ¡entonces
rendiremos su soberbia,
será á muerte condenada,

sufrirá terribles penas,
y acabará en un cadalso;
para mujeres como ella
el castigo más horrible,
la más denigrante afrenta!...—
Contad, pues, si sabedor
de la suerte que le espera,
y hallándose de por medio
una venganza tremenda
consentiré que de aquí
salga esa mujer ilesa.
No temais, antes que lleguen
de la cárcel á la puerta,
al hierro de mi puñal
terminará su existencia.

CAV. Mucho prometeis.

HUGO. No en vano,
que sé cumplir mis promesas.
(Cavestany y los soldados se van.)
Así cumplieses las tuyas,
noble Cavestany Segrera,
así la ambición te excite
cual la venganza me alienta.
¿Vienen? la reina es sin duda.
(Sale en su recibimiento alumbrándola con el farolillo que toma del poyo.)
Guarde Dios á vuestra alteza.

ESCENA II.

HUGO y VIOLANTE.

HUGO. ¿Los pajes?

VIOL. Quedan allí.

HUGO. Cerrar, pues, no es menester.

VIOL. Sí, que guardas un tesoro
que ha de guardarse muy bien.

HUGO. No temais mientras yo tenga
las llaves en mi poder. (Sonándolas.)

VIOL, Abrevia ya de razones.
¿Cede la reina?

HUGO. No, á fé.

Pierden el brillo sus ojos,
sus carnes la morbidez;
pues no permito que un rayo
penetre donde ella esté;
pero no baja ni un punto
su soberana altivez.

VIOL. ¿Sabrá morir como reina?

HUGO. Bien demuestra que lo fué.

VIOL. ¿Pusiéronla en el tormento?

HUGO. En el potro estuvo ayer.

VIOL. ¿Y resistiólo tranquila?

HUGO. Casi risueña, diré.
Es de una clase de roca
que no mella ni el cincel.

VIOL. Mis iras han de romperla.

HUGO. No apuesto que lo logreis.

VIOL. ¿Las órdenes has cumplido?

HUGO. Siempre fuí vasallo fiel.

VIOL. Darte otro tanto ofrecí
de todo cuanto te dé.

HUGO. Pues venga un collar de perlas
del precio del que aquí veis.
(*Muéstraselo á la luz del farol que después deja en tierra.*)

VIOL. Haz que lo tase un judío,
y á cobrar mañana ven.

HUGO. Como de ella nada quiero
á los pobres lo daré.

VIOL. Y fué en pago...

HUGO. Como siempre,
de unas letras para el rey.

VIOL. ¿Y el rey, mi señor, rompiólas
como siempre?

HUGO. No, esta vez
las leyó sobrecogido,
perdiendo la color fué,
y me dijo...

VIOL. Presto acaba,
que te oigo con avidez.

HUGO. —Dí á la reina que mañana
iré á ponerme á sus piés.—

VIOL. ¿Le llamó reina?

HUGO. Pensando
en que lo ha sido, tal vez.

VIOL. Más así no ha de nombrarla.
¿Y mañana... es hoy?

HUGO. Sí: el rey
llegar debe en este instante.

VIOL. Déjame á solas con él;
pero no te alejes mucho.

HUGO. (¡Matar á la reina! á fé...
que hasta ahora solo lo he visto
en el juego de ajedréz.) (Vase.)

ESCENA III.

VIOLANTE, luego D. JUAN.

VIOL. Es que abriga una esperanza
cuando al rey manda llamar;
es que no llega á sondar
el fondo de mi venganza.

JUAN. Carcelero...

VIOL. ¡El rey!

JUAN. (Sorprendido.) ¡Oh! Vos...
Á qué vinisteis presiento.

VIOL. Á cumplir un juramento
que nos hicimos los dos.
Cuando en extranjera estancia,
que nuestras quejas oyó,
vos sólo erais duque, y yo
sobrina del rey de Francia,
robándoos pátria y familia,
hubo una reina que aquí
os quitó, por odio á mí,
la corona de Sicilia.
Vos, al ver nuestra pasión
juguete de sus enojos,
llenos de llanto los ojos
y de rabia el corazón,
jurasteis que, si fatal
le era la suerte algún día
para mortaja tendría
su rojo manto real.

Y vengo en este momento
á deciros con lisura
—Rey don Juan, el rey que jura,
cumplir debe el juramento.—

JUAN. ¿Y quién os dice, señora,
que no lo intente cumplir?

VIOL. Lo demostrais con venir...
¿á qué venis á esta hora?
¿Habeis podido olvidar
la maldad de esa mujer?

JUAN. Mucho os puede enaltecer
el saberla perdonar.

VIOL. ¡Jamás!

JUAN. ¡Reina!

VIOL. Á buen instante
llego, y no pierdo ocasión;
cumplidme, Rey de Aragón,
lo que jurasteis infante.

JUAN. Lo cumpliré; vuestro pecho,
Violante, es de nieve helada.

VIOL. Decídselo á la taimada,
que con sus odios lo ha hecho.
Salid.

JUAN. No sin que la vea;
palabra de rey le dí,
y no he de salir de aquí
sin saber lo que desea.

VIOL. Pobre ardid, al fin y al cabo.

JUAN. Con sinrazón me ultrajais.

VIOL. ¿Por qué en verla os empeñais?

JUAN. Porque soy de mi honra esclavo.
Si un día... mas basta ya,
que no hay que perder espacio,
en el salón de palacio
reunído el Consejo está.
Ya se firmó la sentencia,
presto en capilla ha de entrar,
pues la puede molestar,
evitad vuestra presencia.
Tomad... su anillo os da el rey. (Dáselo.)
Con él lo que hagais, sanciono.
Sí, débil yo, la perdono,

haced vos cumplir la ley.

VIOL. Aunque esta prenda me fía
vigilaré con tesón.

JUAN. Mal estais del corazón.

VIOL. Ya de reina no sería. (Vaso.)

JUAN. Su odio, más duro que el hierro,
no se amengua ni se agota;
el rayo que el aire azota,
tronando de cerro en cerro,
al fin se apaga escondido
en los senos de la tierra,
pero á ella, en jurada guerra,
sin piedad y sin partido,
hasta la plegaria misma
de la víctima le ofende,
rayo que siempre desciende
pero que nunca se abisma.

ESCENA IV.

D. JUAN, HUGO y SIBILA luego.

Poco después de salir doña Violante habrá entrado Hugo farol en mano en la prisión de Sibila, y sale ahora ésta muy abatida con traje blanco, y suelto el cabello. Hugo, después de dejarla con don Juan, desaparece.

JUAN. ¡Oh! ¡La reina!

SIBILA. Sol que alumbra,
espacio y aire más puro;
estoy tan hecha á lo oscuro,
que lo blanco me deslumbra.
(Ademanes de que le ofende algo que vé por la ventana.)
¡Qué alegría! ¡Qué consuelo!
¡Qué apacible bienestar!
Aquí puedo respirar
y enviar mis preces al cielo.
Cuando es tan suave la ley
de fijo el perdón encierra.
¡Gracias! ¡Dios de cielo y tierra,
que habeis conmovido al rey!

JUAN. ¿Qué quereis del rey, señora?
SIBILA. Á vuestros piés.
JUAN. Levantad,
de hinojos á Dios rogad,
hacerlo ante mí os desdora.
Reina fuisteis de Aragón,
no hay quien negároslo pueda.
SIBILA. Reina á quien sólo le queda
un palacio por prisión;
Reina que contempla el dolo
con que el mundo la abandona:
ayer, de oro su corona,
mas hoy, de espinas tan sólo.
JUAN. Hablad, señora, mas ved
que es el tiempo limitado.
SIBILA. Yo don Juan, os he llamado
ganosa de una merced;
Limés, lo teneis presente,
murió, por su mala estrella:
quedan Berenguer de Abella
y Valldaura, que al clemente
Juan primero de Aragón
toca libertar del yugo
infamante del verdugo,
pues grandes y nobles son;
y yo que el orgullo mío
mantengo; que en el tormento
no he cedido ni un momento,
y morir cual reina ansío,
ante vos puesta de hinojos
os pide que me mateis,
mas... que á los dos perdoneis;
descórranse los cerrojos
y queden libres sus vidas,
en tanto que Barcelona
vé mi cabeza y corona
rodar en sangre teñidas.
JUAN. Muy tarde, según colijo,
acudís con vuestro ruego,
cuando reina, ódio tan ciego;
mostrásteis por nuestro hijo,
que á mi Violante juré

venganza, amor y corona.
Sabedlo: si ella perdona,
yo también perdonaré.

SIBILA. ¿Qué decís, rey de Aragón?
(Sintiéndose ofendida en su dignidad.)
Mirad, sentía gran pena,
la nombrais, y ya se llena
de enojo mi corazón.

JUAN. Pues toda vuestra esperanza
está en su piedad, señora,
que ella es la dispensadora
del perdón ó la venganza.

ESCENA V.

SIBILA, D. JUAN y VIOLANTE.

VIOL. Mal que os pese, yo lo soy;
tan gran poder tengo en mí.

JUAN. ¡La reina!

SIBILA. ¡La reina!

VIOL. Sí.
Reina para quien es hoy
más que complaciente el cielo;
primero os ví destronada,
ahora os contemplo humillada,
llegué al colmo de mi anhelo.

SIBILA. (¿Por qué no se abre la tierra
si así me siento ultrajar?)

JUAN. (De ella os querais apiadar
y acabe tan cruda guerra.) (Ap. á Violante.)

VIOL. ¡Jamás! (Ap. al rey.)

JUAN. (Á Violante.) Hacedlo.
(Ap. á Sibila.) (Señora,
á ella teneis que pedir
cuanto querais conseguir.)

SIBILA. (¡Antes la horca infamadora!)

JUAN. (¡No hay esperanza, la suerte
ha dictado la sentencia!) (Vase.)

ESCENA VI.

SIBILA y VIOLANTE.

VIOL. Solas al fin.
SIBILA. Sí, en presencia
me encuentro ya de la muerte.
VIOL. ¿No soñasteis algún día
tan temeroso momento?
SIBILA. Si asomaba al pensamiento
ahuyentarlo conseguía.
Quise veros, en verdad
cuando era reina y vos no,
pero prisionera yo,
vos en la cumbre...
VIOL. Pensad,
que azares son de la vida;
vaivenes que Dios dispone,
sol que sale, al fin se pone.
SIBILA. Vos sois sol á la salida.
VIOL. El vuestro se ha puesto ya,
cuando menos se esperaba:
lo que cuando aquél brillaba
hicisteis, con vos se hará.
SIBILA. ¡Reina Violante!
VIOL. ¡Oh, sí, sí!
¿á qué viene tal sorpresa?
Dar, quiero á la reina presa,
el trato que me dió á mí.
Cuando ceñiais diadema,
yo lloraba en el destierro,
«sangre á sangre, hierro á hierro»
bueno es que sepais mi lema.
Por fin la ciño, y en tanto,
que bajo mi influjo esteis,
he de hacer que saboreeis
todas las hieles del llanto.
¿No habeis visto á Barcelona
vestirse en Mayo de fiesta,
y, convertida en floresta,
cual de sus galas blasona?

Todo es luz, vida y color;
más en nada se interesa
por la reina, que aquí presa,
sufre el condigno rigor.
Juegos florales ha habido,
en ellos me han ensalzado,
trovadores han trovado,
tema mi belleza ha sido.
Obsequio fino y galante,
en premio dióse al poeta
una sencilla violeta,
por ser mi nombre Violante.
Mas en la fiesta floral
lo que mi orgullo exaltaba
era ver que me adornaba
con vuestro manto real.
Que en mi frente relucía
la corona que llevásteis,
que el cetro con que arrancásteis
ayes al pueblo algún día,
era el que empuñaba yo.
¡Oh, suspirada venganza!
¡más allá de mi esperanza
el cielo me la llevó!

SIBILA. ¡Bien por Dios, reina Violante!
En vuestras iras confío:
me conforta en este instante
mirar la lucha adelante
de vuestro orgullo y el mío.
Con el ódio que apasiona,
cual reinas, tengamos guerra,
yo lo soy, bien Barcelona
lo sabe, aunque mi corona
ande rodando por tierra.
Cuando en mi sien la lucía,
temiendo vuestro rencor,
águila que hijuelos cría,
la velaba noche y día
garra abierta, ojo avizor.
Vago suspiro del viento,
una sombra, una mirada;
una imagen engendrada

en lo hondo del pensamiento,
me tenían azorada:
que si en mi pecho nacieron,
la soberbia y la ambición
ya reina, mucho crecieron,
que les dí, pues lo pidieron,
por pasto mi corazón.
Hoy aunque abatida, os digo
que de vos, ni el cielo quiero
que no hay mayor enemigo,
ni más tremendo castigo
que escuchar el clamor fiero,
que lanza el ódio mortal
envuelto en terribles quejas.
Yo, á hallarme en vuestro sitial,
trenzado habría un dogal
con vuestras largas guedejas
para que el verdugo, sí,
os colgara de un balcón.
Las reinas lo hacen así.
Violante, aprended de mí
á ser reina de Aragón.

VIOL. Que lo soy, Sibila, vais
á comprender sin tardanza,
mas no tengo por venganza
la muerte de que me hablais.
Es venganza comprender
vuestros deseos menores,
y troncharlos como flores
que así no logran crecer.
Ahora un ejemplo escuchad:
por los bravos caballeros,
que os dejaron los postreros,
habeis la augusta piedad
querido mover del rey;
más yo he pedido su muerte
y darán, pues soy más fuerte,
sus cabezas á la ley.

SIBILA. ¡Maldita seais del cielo!

VIOL. Ya la empezais á sentir.
Vos bien quisierais morir,
y en la tumba hallar consuelo,

y refugio en el infierno
para evitar mi presencia,
sufrid ahora la existencia,
después, el castigo eterno.

ESCENA VII.

DICHOS y HUGO.

HUGO. Señora: el rey...
VIOL. ¿Con quién viene?
HUGO. Con Cavestany de Segrera,
y en la otra cámara espera.
VIOL. (¿Qué es lo que á entrar le detiene?)
HUGO. Me ordena que á Berenguer
aquí conduzca.
VIOL. Traedle.
(Vase Hugo por la segunda puerta de la izquierda.)
SIBILA. (¡Berenguer aquí!)
VIOL. Sí, vedle,
la vez última ha de ser.
Habladle, holgaréme de ello,
despedid en breve instante
al rendido y tierno amante
que por vos entrega el cuello.
SIBILA. ¡Cómo os gozais en mi suerte!
VIOL. Me porto á tu semejanza.
Ya tu paladín avanza.
¡Ve como endulzas su muerte! (Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA SIBILA y BERENGUER; éste no ve á Sibila hasta que el diálogo lo indique.

BERENG. ¡Cielos! ¿acaso aún existe
en el mundo claridad?
Ojos míos, contemplad
en lo que la luz consiste,
y tú, noble pensamiento,
himnos canta á la belleza
y á la sublime grandeza

que á dejar voy al momento.
Vuela del aire á través,
vuela en majestuosa calma
hasta que encuentres el alma
del desgraciado Limés.

SIBILA. (¡Señor!) (Dirigiéndose al cielo.)

BERENG. Sin fuerzas me siento.
¡He sufrido tanto y tanto!...
Dios mío... ¡cuán dulce encanto
contemplar el firmamento!

SIBILA. (¡Más no puedo!)

BERENG. ¡Es la oración
que entona una alma extasiada!
¡Señor! ¡Va en esta mirada
mi sincera adoración!
¡Qué juzgo que contemplar
en éxtasis tu poder,
mejor para tí ha de ser
que arrodillarse y rezar!
(Da de cabeza en los hierros de la ventana)

SIBILA. (¡No le abandones, Dios mío!)

BERENG. ¿Quién anda ahí?

SIBILA. Una mujer
que poco os puede valer,
pues que perdió su albedrío.

BERENG. ¡La reina!

SIBILA. Que ruega mucho
por vos, con amargo duelo.

BERENG. No anda muy lejos el cielo,
pues voz de ángeles escucho.
¡Oh! ¡qué gran placer me es dado
cuando no veros temía!
¡Dios de bondad! ¡qué agonía
tan dulce me has deparado!
¡Mi reina! ¿Sois vos?

SIBILA. Yo, sí,
la causa de vuestra suerte.

BERENG. ¡Si vos me traeis la muerte
la acepto con frenesí!

SIBILA. ¡La muerte!

BERENG. Sí, ¿qué os espanta?
Á salvaros no alcancé,

más por vos morir sabré.
¡Muero por causa bien santa!
Así á los hados les plugo
y me sujeto á sus leyes:
quien no defiende á sus reyes
muera á manos del verdugo.

SIBILA. ¡Morir como un criminal
tan valiente caballero!
¡Que todo lo sepas quiero,
lo mereces por leal!
Yo ví bien claro tu amor,
la pasión en tus miradas
fogosas y arrebatadas
aún en medio del dolor.

BERENG. ¡Sibila!...

SIBILA. Sí, comprendí
que en tu ardorosa batalla
te detenía una valla,
la majestad que hay en mí.
Que enamorado constante
de tu reina, trás su huella
caminabas, por estrella
su corazón palpitante,
y hoy que miro mi poder
á dos pasos del cadalso,
que veo cuanto hay de falso
en los elogios de ayer,
que contemplo sin dolor
cuanto en el mundo abandono,
más que á mi reino y mi trono
por tí al morir... siento amor.

BERENG. ¡Qué oigo! ¡Señor!... ¡vida! ¡vida!
¡que me quiere y me lo dice!

SIBILA. (¡Dios del cielo! ¿qué es lo que hice?)

BERENG. ¡Qué placer!

SIBILA. (¡Todo lo olvida!)

BERENG. ¡Pídote, oh, Dios! ¡con anhelo
mi vida, pues que me adora!
¡Que otro disfrute en buen hora
lo que me toque de cielo!

SIBILA. (¡Jesús, delira!)

BERENG. ¡Te quiero,

y me quieres! ¿no es verdad?
¿es sueño ó es realidad?
¿es que vivo, ó es que muero?
Quizá el fuego en que me abraso
en tan solemne ocasión
me perturba la razón.
Ven, salgamos... ¡paso!... ¡paso!

SIBILA. Berenguer, vuelve en tí, mira
á tu reina que te implora.

BERENG. ¡Sibila! (Óyese la campana de la Seo.)
¡Se acerca la hora
de morir!

SIBILA. ¿Es qué suspira
por vivir tu corazón?

BERENG. ¡Ay! que me siento cobarde
porque te adoro... y es tarde,
reina, para mi pasión.
Fiero amor que me negabas
tus dones cuando quería,
y acudes en mi agonía,
hoy, que con mi vida acabas.
Aunque vengas de esta suerte,
te abro los brazos de amigo,
dulce amor... ¡yo te bendigo
en el trance de la muerte!

SIBILA. ¡Berenguer!

BERENG. ¡Reina adorada!

SIBILA. ¡Tuya soy!

BERENG. Solo á tí quiero.
¡Morir! ¡ay! ¿por qué no muero
al fuego de tu mirada?
Qué, ¿tu rostro ha de tocar
torpe el verdugo del rey?
nuestro amor es nuestra ley,
yo la muerte te he de dar.
Yo infeliz de gozo lleno
te libro de la deshonra,
toma, la mía y tu honra,
te entrego en este veneno.
(Le da una sortija.)

SIBILA. Tarde entiendo cuanto vales.

BERENG. Calla, que el pecho desgarras;

en este anillo... las arras
te doy de mis esponsales.

SIBILA. Del mundo á la despedida
piensa, dueño idolatrado,
que en tu amor he concentrado
todo el amor de mi vida.

BERENG. Pues también vas á morir
subo al cadalso, tranquilo,
si el hacha es la misma, el filo
casi gozaré en sentir.

SIBILA. ¡Adios, amor de mi vida!

BERENG. ¡Adios, ya más no he de verte!

SIBILA. ¡No mata tanto la muerte
cual la amarga despedida!

ESCENA IX.

DICHOS y CAVESTANY.

CAV. El rey don Juan quiere hablaros.

SIBILA. Por vos al rey pediré.

BERENG. No lo intentes, morir sé.

CAV. Me ordena el rey separaros.

SIBILA. (¡Ay! ¡ya más no le veré!)
(Cavestany se retira al fondo esperando. Sibila y Berenguer con pasión vehemente dicen.)

BERENG. ¡Al sepulcro tu memoria
me llevo, reina adorada!

SIBILA. ¡Muero sí, de enamorada!
¡amor mío... hasta la gloria!

BERENG. ¡Adios, reina idolatrada!
(La besa en la mano con gran apasionamiento. Sibila sale llorando convulsivamente.)

ESCENA X.

BERENGUER y D. JUAN.

JUAN. Berenguer.

BERENG. (Ya repuesto.) ¡Vos!... ¿qué quereis?

JUAN. He de hablaros.

BERENG. Mas si agravios

me han de causar vuestros lábios
os pido que los cerreis.

JUAN. ¡Siempre noble y altanero!...
Vas á morir.

BERENG. Bien lo sé.

JUAN. El perdón yo te daré.

BERENG. ¿Sólo el mío? no lo quiero.
Con la expresa condición
de su vida, lo aceptara,
que sin mi reina, rehusara
del cielo la salvación.
Mátame, te doy de grado
con mi vida mi esperanza:
si el perdón ella no alcanza
no quiero ser perdonado.

JUAN. Insistes...

BERENG. Como hasta aquí.

JUAN. ¿No temes?

BERENG. Y ¿qué es temer?

JUAN. ¿Pretendes su escudo ser?

BERENG. Muero, pues que no lo fuí.

JUAN. ¿Por cuál soberano hechizo,
logró en tí tanto poder?

BERENG. Por infeliz, por mujer,
¡por lo bella que Dios la hizo!

JUAN. ¿Quereis, ingrato, morir?

BERENG. Sí, que ya me urge acabar.

JUAN. ¿Y vas así á despreciar
lo fácil de conseguir?
¿Cómo, un noble principal
de Aragón y Cataluña,
no evita el hacha que empuña
ya el verdugo, por su mal?
¿Así heróico paladín
mancillarás tu nobleza,
que, sin gloria y con bajeza,
tendrá en un cadalso fin?
¡Jamás! el régio perdón
yo te ofrezco en este instante;
no ha de perder tal diamante
la corona de Aragón.

BERENG. Turbado estais, rey don Juan,

en un suplicio mi vida
acabará, más cumplida
justicia todos me harán.
Han de decir que valiente,
en lucha con la impiedad,
defensor de la verdad
morí víctima inocente.
Dirán, que por asesino
de la esposa del que vida
os dió, en su sangre teñida
á vos la corona vino.
Ya veis pues que con más gloria
sé morir que reinar vos.
Acertad cual de los dos
tendrá más honra en la historia.
Debo morir cual vencido
dando al verdugo mi cuello,
mi orgullo me obstina en ello,
que á mi reina no he valido.
La leyenda de mi espada
dice claro de este modo.
«Todo por mi reina, todo,
pero sin mi reina, nada.»
¡Qué me importa que tus leyes
sean para mí dogales!
En su día, como iguales
nos juzgará el Rey de reyes.
No tiene más que un crisol
el que, con el pensamiento,
suspendió en el firmamento,
para que alumbrara el sol.

JUAN. Basta ya, que aquí he venido
á salvarte, mas no á oirte.

BERENG. Nada tengo que añadirte,
pues ya te logré ofendido.

JUAN. Gloria, feudos y nobleza
te dará tu soberano.

BERENG. Tu ofrecimiento es en vano,
inútil tanta largueza.

JUAN. Serás señor poderoso
cual no lo ha habido hasta hoy.

BERENG. Si mi cabeza te doy...

¿quién es el más generoso?

JUAN. Cuanto alcances en la guerra
tendrás, cediendo á mi ruego.

BERENG. Un hacha... y me basta luego
con siete palmos de tierra.

JUAN. Haré tuya una ciudad,
mis estados partiré,
los mejores te daré.

BERENG. El cetro á Sibila dad,
y vuestro esclavo seré.

(Aparece un fraile y se detiene ante la cortina de la capilla.)

JUAN. ¡Que nada mi afán consiga!...

BERENG. Dejadme; voy á rezar,
que va el verdugo á llegar.

JUAN. Pero...

BERENG. Permitid que os diga
que sois tardo en acabar.

JUAN. Inútil fué piedad tanta.

BERENG. Vuestro, ni el más leve don.

JUAN. ¿Nada temes?

BERENG. Sí, me espanta,
rey D. Juan, vuestro perdón. (Se va.)

ESCENA XI.

D. JUAN y HUGO.

JUAN. Al pensar en la excelencia
de tan bravo corazón,
de que sea mi enemigo
siento un acerbo dolor.
Por leal es condenado,
por leal á su pendón,
cuando un monarca debiera
premiar ejemplos de honor.

HUGO. Señor...

JUAN. De tí necesito
al punto, un pliego te doy.

(Siéntase y escribe en un pergamino.)

HUGO. Al aproximarse la hora
de que deje la prisión

mi amo, de mí se apodera
un remordimiento atroz.
Débeme el rey la corona,
por mí la reina triunfó
¿qué menos han de otorgarme
que el perdón de mi señor?
(El rey termina la escritura y dice á Hugo.)

JUAN. Á mi senescal, volando
este pliego entregas.

HUGO. (Sospechando que puede ser el perdón.) ¡Oh!

JUAN. Una muerte ó una vida
de él dependen.

HUGO. (Vacilando) Corro... voy...
mas antes, señor, quisiera
pediros...

JUAN. ¿Tú á mí?

HUGO. Sí: yo.

JUAN. Imposible es escucharte
en tan crítica ocasión.
El Consejo ya reunido
me aguarda, pues que temor
hay de que entren los rebeldes.

HUGO. Pero...

JUAN. Hugo, parte, por Dios. (Vase.)

HUGO. Puede perderse una vida,
si al senescal no lo doy.
Si fuese para la reina
Sibila, ¡oh! ¡nunca! no...
Antes lo hiciera pedazos
que ser yo su portador.
Mas... si fuese para Abella
la gracia, vil fuera yo,
que no entregando las letras
causara su perdición.
(Mira el pergamino que desarrolla.)
¡Quién vió caso semejante!
¡Quién vió rareza mayor!
Tengo abierto y en mis manos
un pliego que es el pregón
de un secreto, que la vida
daría por saber yo.
Estas cifras, estas manchas...

estas rayas, sin valor,
que, como nubes sombrías
me llenan de confusión,
son para los caballeros,
claras cual la luz del sol,
y les hablan un lenguaje
en que hay ódios y hay amor.
Reyes y nobles lo entienden.
¡Los que cual yo humildes son,
sólo de romper terrones
bañándolos en sudor!
Los reyes... quizá la reina
Sibila, qué idea... ¡oh!
para que me lo descifre
voy á entrar en su prisión.
Si fuera para mi dueño,
¡oh, qué peso tan atroz
me quitaría de encima
dándole la salvación!
pero si es ella... ¡que muera!
¡hijo y mujer me quitó!
¡juré venganza terrible
y he de cumplir, por quien soy!
¡Cuervos que habitais las sierras,
venid con ala veloz,
afilad en los peñascos
el pico devorador!
¡Abrid las garras impías
que os ofrece la ocasión,
dispuesto en negro cadalso
manjar á vuestro sabor!
¡Frescas y mórbidas carnes
que el trabajo no cansó;
roja sangre caldeada
por los besos del amor,
gran festín con reina muerta
voy á servíroslo yo!
(Entra riéndose sarcásticamente en la prisión de Sibila.)

ESCENA XII.

VIOLANTE, CAVESTANY, y soldados que se quedan á la puerta.

VIOL. ¿Decís que el cadalso espera?
CAV. Dispuesto del todo. Á muerte
sentenciados, ya en la plaza
el pueblo aguarda impaciente,
que por la aciaga escalera
alguna cabeza ruede.
VIOL. Pueblo víl, lo mismo aclamas
que matas.
CAV. Asi es la plebe,
todo le place señora,
vida y muerte le divierten,
que en todo encuentra motivos
de pasar la vida alegre.
VIOL. ¿Dónde los reos se encuentran
CAV. Él, del confesor obtiene
el perdón de sus pecados,
ella, como el rey no quiere
que juntos los ejecuten,
está en su cárcel de siempre.
(Señalando donde se halla.)
VIOL. ¿Y por dónde irá al cadalso
Berenguer?
CAV. Salida tiene
á la plaza la capilla,
y es el camino más breve.
(Óyese una campanada en La Seo.)
la hora se acerca, señora.
VIOL. Cavestany, cumple cual debes.
(Cavestany y soldados entran en la capilla alzando el tapíz sin que pueda verse lo interior.)
¡Se ván!... ¡Corazón, alienta,
ya tu venganza previenen!

ESCENA XIII.

VIOLANTE y HUGO, que sale de la habitación de SIBILA con el pergamino abierto.

HUGO. ¿Se van? No; llamad, que aguarden:
del rey yo traigo el perdón.

VIOL. ¿Perdón dices?

HUGO. Sí, miradlo.
(Violante lee rápidamente y aparte dice:)

VIOL. (¡He de interceptarlo yo!)

HUGO. Doña Sibila ahora mismo
leyólo con emoción,
diciendo.., «¡muero gozosa,
sálvese mi bienhechor!»

VIOL. (Ap. y con regocijo, pues piensa el modo de engañar á Hugo.)
(¡Ardid me depara el cielo!)

HUGO. Haced cumplir la orden vos.

VIOL. ¿Y tú, imbécil, no comprendes
por qué quiere que veloz
llegue á Berenguer el pliego?
No es para él este perdón.

HUGO. ¿Qué, no es para él?

VIOL. No, para ella.

HUGO. ¡Nunca, nunca, por quién soy!
Bien comprendo la alegría
que de ella se apoderó.

VIOL. Ni ella clemencia merece,
ni tampoco tu señor. (Con intención.)

HUGO. ¡Berenguer! (Con extrañeza.)

VIOL. (Con intención marcada.) Con su consejo
sus crueldades alentó.
¿Por qué cuando al hijo tuyo
condenó á una muerte atroz?
—¡Perdónale—no le dijo!

HUGO. ¡Cierto, sí, teneis razón!

VIOL. ¿Por qué cuando de tu esposa
vió el dogal en derredor
del cuello, y, al cruel verdugo
lanzarse...

HUGO. (Horrorizado por el recuerdo.) ¡Callad, por Dios!

VIOL. Y quizá al verles colgando,
con alegría feroz,
se dieron los dos amantes
el primer beso de amor.

HUGO. ¡Prendas del alma queridas!
¡venganza, si, de los dos!

VIOL. Bien cumplida la tendrás.

HUGO. ¡Pedazos del corazón!

VIOL. Haz que aquí venga la reina.

HUGO. Mueran ellos, después yo,
¡ver matar á dos verdugos!
¿quién vió delicia mayor?
(Éntrase con gran alegría en la cámara de Sibila.)

ESCENA XIV.

VIOLANTE y luego SIBILA.

VIOL. De Berenguer el perdón,
hoy el infierno me entrega
¡qué gozo el de ella, si llega
á salvar á su campeón!

SIBILA. Que la reina me ha de hablar... (Se cree sola.)

VIOL. (Oigamos sin que me vea.) (Apártase.)

SIBILA. ¡Oh, cómo todo recrea
al tiempo de perdonar!
¡Morir! ¡qué importa la vida
salvando á mi caballero!
No quiere el rey tal guerrero
perder en esta partida.
(Comienza á oirse á lo lejos el tambor del piquete que conduce á Berenguer al patíbulo.)
¿Qué clamor los aires llena?
¿á qué toca ese tambor?
¿á qué el fúnebre rumor
que en mi corazón resuena?
(Baja del fondo y se acerca á mirar.)
(¡Ah! ¡vienen!... ¿vendrán por mí?...)

VIOL. (¡Ahora, no!)

SIBILA. Á la plaza van.
¡Oh, cuán doloroso afán!
¡cuán creciente frenesí!

nada entiendo, nada infiero,
¿presa de locura soy?
¿es que al punto á morir voy?
(Suena la trompeta del pregón.)
Oigamos al pregonero...
No alcanzo á oir, ¡qué martirio
más horrible! ¿qué dirá?...
se acerca, se acerca ya...
¡ven á calmar mi delirio!
(Crece la agitación de Sibila Violante la contempla satánicamente. El pregonero, con indiferente voz, canturrea el pregón que anonada á Sibila.)

PREGON. «Esta es, pueblo, la justicia
que ha mandado hacer el rey
ciñéndose á extricta ley,
que nada tuerce ni vicia,
en don Berenguer de Abella
por desleal y traidor:
así lo firma el señor
rey don Juan.»
(Vuelve á oirse el tambor cuyos sonidos se pierden gradualmente.)

SIBILA. ¿Qué escucho? Sella
el monarca crímen tal?
¡no es cierto! ¡no puede ser!
¡traidor!... ¡traidor!... ¡Berenguer!...
¡mientes! ¡fué siempre leal!
Allí viene... avanza en calma...
pregonando en su entereza
el brillo de su nobleza,
y el buen temple de su alma!
¡Alto!... ¡que el perdón obtuvo!
¡lo manda el rey de Aragón!
¡yo misma leí el perdón!...

VIOL. Mas la reina lo detuvo.
(Lanzando el pergamino á los piés de Sibila.)

SIBILA. (Comprendiendo la situación.)
¡Oh! ¡tú aquí, Dios de clemencia!
¡todo! ¡todo se ha perdido!

VIOL. El que su amor te ha rendido
va á morir en tu presencia.

SIBILA. ¡Rey don Juan! (Clamando desesperadamente.)

VIOL. En vano airada
pides sus régios favores
no acudirá á los clamores
de tu voz desesperada.
En pleno consejo está
por las nuevas de la guerra
que tú trajiste á su tierra:
el rey, no le salvará.

SIBILA. ¡Perdida estoy!

VIOL. Mira, se halla
ya arriba tu paladín.
Toca Sibila á su fin
nuestra empeñada batalla.
Ven: me place tu presencia.

SIBILA. ¡Antes que verte... el infierno!

VIOL Ya vendrá el castigo eterno,
ahora una triste existencia.
(Con crueldad y acerada intención.)
Entended que ya del rey
conseguí vuestro destierro.
Con él en vida os entierro
que mi voluntad es ley,
y con odios soberanos
logro enconar vuestra herida
pues que recibís la vida
cual limosna de mis manos.

SIB LA. ¡Qué me sucede, Dios mío,
que el corazón se me salta!

VIOL. Mi venganza que os exalta,
pues os roba el albedrío.

SIBILA. Vuestro gozo acaba aquí,
que está su fin prevenido:
de mi amante he recibido
lo que en vano pretendí
de tus sayones, advierte
mi acción, contémplame bien.
(Le muestra el anillo.)
Si tanto puedes, deten,
los extragos de la muerte.
(Va á ponerse el anillo en los lábios, cuando la detiene el imperioso grito de D. Juan que ha oído los últimos versos.)

ESCENA ÚLTIMA.

VIOLANTE, SIBILA, D. JUAN y HUGO.

Hugo se goza en la situación creada por él.

JUAN. ¡Reina Sibila!... si brava
(Sorpresa en Sibila y Violante.)
ayer quisisteis luchar,
(Óyese el redoble indicando que ha muerto Berenguer y comienzan á doblar las campanas de la catedral.)
hoy es día de rezar
por quien de morir acaba.

VIOL. ¡Rey don Juan!

SIBILA. Yo...

JUAN. Si el perdón
ansiais por tan cruda guerra,
ambas... ¡rodillas en tierra,
pedidlo al rey de Aragón!
De vuestros odios la hechura
van díciendo las campanas.
(Las dos reinas impuestas por las frases de don Juan, ceden gradualmente y se humillan, mas, al toparse con la vista, renace en ellas el odio mútuo que sienten: duélese de ello el rey, y, queriendo dominarlas, al tiempo que uno de los frailes acaba de descorrer la cortina de la capilla y de aparecer con majestuoso Cristo de talla, dice con aterrador acento.)
¡Reinas sois, más sois cristianas!
(Señalándoles el Cristo. Sibila arroja el anillo y cae á los piés de Violante que conmovida murmura una oración.)

SIBILA. ¡Me rindo á mi desventura!
(Hugo se complace y ríe sarcásticamente. Siguen las campanas doblando. Cuadro artístico. Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA.

APENDICES

DICTAMEN DE LA R. ACADEMIA ESPAÑOLA

«La Comisión de la Real Academia Española encargada de examinar las obras dramáticas representadas en los teatros del Reino durante el año 1887, para proponer entre ellas la más digna del premio ofrecido por S. M. la Reina Regente, opina, después de haber leído con atención cuantas han llegado á su noticia, ya en la lengua oficial, ya en los diversos idiomas hablados en la monarquía española, que la obra más estimable entre las presentadas es el drama catalán de D. Federico Soler Hubert, titulado BATALLA DE REINAS.

No es del instituto de esta Academia, consagrada especialmente al cultivo de la lengua castellana, juzgar del mérito filológico de la obra del Sr. Soler, esto es, de la mayor ó menor pureza con que su autor maneja el habla catalana, que por haber yacido durante más de dos centurias entregada al arbitrio del vulgo y destituida de verdadero cultivo literario, ha tenido que contagiarse de influencias extrañas, que han sido más visibles en los géneros de índole popular, como el teatro, rebeldes por su índole misma á los artificios eruditos y arcaistas.

No juzga la comisión, pues, el drama de D. Federico Soler, como obra catalana, para lo cual se reconoce incompetente, sino como obra de autor español, representada en una ciudad de España durante el año 1887. Esto sólo pedía el mandato que de S. M. la Reina Regente recibió la Academia, y esta sola consideración es la que han tenido presente los académicos que suscriben, al formular su dictamen.

No es Batalla de Reinas obra de primer orden, si se la compara, no ya con los modelos del arte dramático, sino con las producciones del teatro español contemporáneo, y aun con el mismo abundantísimo repertorio de su propio autor, el Sr. Soler. Pero en plazo tan breve como el de un año nunca es de esperar, dada la libertad é indisciplina con que nace y florece la producción artística, que puedan presentarse muchas obras maestras, ni es posible formar juicio que no sea muy relativo. Tal es el que formula la comisión sobre el drama del Sr. Soler, fundado en la rivalidad histórica de las dos reinas de Aragón, doña Sibila, esposa de D. Pedro IV, y doña Violante, que lo fué de su hijo D. Juan I, llamado vulgarmente *El Cazador*, y por otros *El amador de toda gentileza*. El asunto del poema es interesante, la trama ingeniosa, los caractéres, aunque no plenamente desarrollados, tienen suficiente realce, y el diálogo es, en general, rápido y animado, con no pocos rasgos de pasión y de elocuencia.

Si á esto se añade el conocimiento profundo que su autor manifiesta de los efectos escénicos, no sin abusar alguna vez de esta habilidad técnica, no se tendrá por infundada la preferencia que la comisión da á esta obra entre las restantes del concurso, por más que no se le oculten los defectos de que adolece la contextura del drama, especialmente en su acto segundo, donde abundan los recursos del melodrama vulgar, no bastantes, sin embargo, á obscurecer el mérito de la elegante y lucida exposición del acto primero y de las escenas patéticas y vigorosas del último. Por otra parte, al designar este drama como digno de premio por su mérito relativo, al cual no llega ningún otro de los presentados á este certámen, la comisión no entiende galardonar una obra aislada, sino todo el trabajo y la la vida artística de un poeta, que, comenzando á cultivar el teatro catalán cuando éste vivía entregado á los desafueros de la ínfima farsa, de la parodia y de la diatriba política, fué elevándose por grados á la representación viva, fiel y poética de las costumbres de su pueblo, al drama histórico y al drama que pretende traducir los conflictos morales de la vida presente. D. Federico Soler, que sacó poco menos que de la nada el

teatro catalán, que convirtió en diversión culta y en honesto regocijo del espíritu lo que antes fué recreación innoble y grosera, bien merece esta recompensa pública y solemne, que recae en el autor y en el conjunto de sus obras más bien que en una de ellas, separada de la buena compañía de las demás.

La Academia resolverá, como siempre, lo más justo.

Madrid 9 de Mayo de 1888.—Marqués de Molins.—Manuel Cañete.—Tomás Rodríguez Rubí.—Antonio Cánovas del Castillo.—Gaspar Núñez de Arce.—Eduardo Saavedra.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—Víctor Balaguer.»

NOTA DEL TRADUCTOR

Las cualidades que concurren en el drama que antecede, entre ellas la muy especial de haber merecido, á juicio de la R. Academia Española, el premio de 5.000 pesetas, obsequio de S. M. la Reina Regente á la mejor obra dramática representada en 1887, han hecho que, en cuanto la diversidad de génios idiomáticos lo consienten, me haya esmerado en seguir á la letra los preceptos del ilustre Capmany en su «Arte de traducir», procurando *no pasar de traductor á compositor*; *mostrando el original, en la copia*, y teniendo en cuenta que *los autores tienen sus buenas y sus malas cualidades, y que éstas, como su carácter, deben conservarse en todas las lenguas.*

Quien quiera apreciar si he logrado tales propósitos, coteje mi modesto trabajo con el original catalán antes de fallar acerca del uno y del otro.

M. DE P.



Hombs	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	De Madrid á Siberia	1	D. Labra y Fano y Sedó	L. y 1[1]2 M
»	»	Despacho parroquial	1	Sres. Labra, Caldeiro y A. Llanos	L. y 1[1]2 M
»	»	Dos inválidos	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	El canario más sonoro	1	Tomás Reig	M.
»	»	El cosechero de Arganda	1	Angel Rubio	M.
»	»	El club de las Magdalenas	1	Javier Gaztambide	M.
»	»	El golpe de gracia	1	Francisco Sedó	1[1]2 M.
»	»	El gorro frigio	1	Limendoux y Lucio	L.
»	»	El milano	1	Sres. Estremera y Brull	L. y M.
»	»	El pájaro pinto	1	Navarro y Brull	M. y 1[1]2 L
»	»	El quinto cielo	1	J Pérez Zúñiga	1[1]2 L y 1[1]2 M.
»	»	El sargento Boquerones	1	Manuel Cuartero	L
»	»	El sobrino de su tío	1	Antonio Llanos	M
»	»	El tío Paco	1	Mola y González y Mariani.	L. y M.
»	»	El trompeta del Archiduque	1	Javier Gaztambide	M.
»	»	En corral ageno	1	J. R. y Menduiña y T. Reig	L. y M.
»	»	En el ambigú	1	Rubio y T. F. Grajal	M.
»	»	En la plaza de Oriente	1	Apolinar Brull	M.
»	»	Escuela Modelo	1	Prieto, Barberá y Jiménez.	L. y M.
»	»	Esta casa es muy de ustedes	1	Angel Rubio	M
»	»	Exposición universal	1	P. Dominguez y Chapí.	L y M.
7	8 c	Horchata de chufas	1	M. Barranco y Fransisco A. Barbieri	L. y M.
»	»	La Beneficiada	1	Sres. F. Irayzoz y A. Brull	L. y M.
»	»	La casaca	1	D Angel Rubio	M.
»	»	La cruz blanca	1	Apolinar Brull	M.
»	»	La féria de Sevilla	1	Tomás G. Yañez	M.
»	»	La mujer del prójimo	1	Alfonso y Cortina	L. y M.
»	»	La niñera	1	Javier Gaztambide	M.
»	»	La nueva Diana	1	Apolinar Brull	1[1]2 M.
»	»	La verdad desnuda	1	Arniches, Canto y Brull	L. y M.
»	»	Las provincias	1	Sres. Lastra, Ruesga y Prieto.	L.
»	»	Las toreras	1	Tomás Reig	M.
»	»	Las virtuosas	1	Monasterio y Brull	L. y M.
»	»	Lección conyugal	1	Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Lo que vá de ayer á hoy	1	Ángel Rúbio	M.
»	»	Los conspiradores	1	D. Javier Gaztambide	M.
»	»	Los duros falsos	1	C. Santamarina	M.
»	»	Los de Cuba	1	Sres Rubio y Marin	M.
»	»	Los madrugadores	1	Usúa y Rubio	L. y M.
»	»	Lucifer	1	Delgado y Brull	L. y M.
»	»	Nina	1	Criado, Cocat y A. Rubio	L y M,
»	»	Noche de féria	1	D. Ruperto Chapí	M.
»	»	No más ciegos	1	Javier Gaztambide	M.
»	»	Pepa, Pepe y Pepín	1	Angel Rubio	M.
»	»	Percances matrimoniales	1	Tomás G. Yañez	M.
»	»	Plan de estudios	1	Tomás Reig	M.
»	»	Procedente de empeños	1	Sres. Flores García y T Reig	M y 1[1]2 L
»	»	Quedarse in albis	1	Cocat y Criado	L.
2	1	¡Qué marido y qué mujer!	1	F. de P. Huertas	L.
3	3	Quid pro quo	1	José Usúa	L.
»	»	Sala de armas	1	C. Navarro y Caravantes	M. y 1[1]2 L
»	»	Seguir la pista	1	Antonio Llanos	M.
»	»	Soltero y mártir	1	Sres. Casañ y L. Mariani	M. y 1[1]2 L
»	»	Timos conyugales	1	Gabriel Merino	L.
»	»	¡Tio, yo no he sido!	1	Sres. F. Pérez y A. Rubio	L. y M.
»	»	Una herencia me salvó	1	Clavero y E Broca	L. y M.
»	»	¡Viajeros, al tren!	1	D. Tomás Reig	M.
»	»	Zaragoza	1	Angel Rubio	M.
»	»	Entre locos	2	Javier Gaztambide	L. y M.
»	»	Nanón	2	Tomás Reig	1[1]2 M.
»	»	Una samana en Madrid	2	Tomás G Yañez	M.
»	»	Cármen	3	Rafael María Liern	L.
»	»	Wálter	3	Javier Gaztambide	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. Ermete Novelli*.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.